

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE GEOGRAFÍA

CONSIDERACIONES SOBRE EL ORIGEN DEL
HOMBRE AMERICANO CON ESPECIAL
HINCAPIE EN MÉXICO

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN GEOGRAFÍA
P R E S E N T A
LUIS LORENZO ESPARZA SERRA

México, D. F.

1979

17202

1604



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

C O N T E N I D O

	Pág.
INTRODUCCION.....	I
CAPITULO I.- Distribución actual de las razas en el mundo.....	1
CAPITULO II.- El problema americano.....	13
CAPITULO III.- Antigüedad del hombre en América y consideraciones sobre el pasado geológico.....	32
CAPITULO IV.- La composición de la población precolombina de América.....	45
CAPITULO V.- La población indígena de México.....	78
CONCLUSIONES.....	93
APENDICE I.- Notas al texto.....	99
APENDICE 2.- Láminas.....	102
INDICE DE LAMINAS.....	131
INDICE DE MAPAS.....	133
BIBLIOGRAFIA.....	134

A MIS PADRES

A MI TIA MARIA DE LA LUZ

Quiero hacer los siguientes agradecimientos:

al Dr. Carlos Sáenz de la Calzada, DIRECTOR de
esta tesis,
por su sabia guía y apreciado estímulo, que
hicieron posible la culminación de la misma.

A la maestra Isabel Lorenzo Villa y
a la maestra Bertha Pinto Pech,

por su valiosa asesoría y crítica.

A la memoria de mi hermano Enrique,
cuya dolorosa ausencia me obligó a
hacer una profunda reflexión de mi
vida.

A la memoria de Rodolfo Maiza D.,
quien me enseñó que la vida es
también muerte.

A MIS MAESTROS

En especial a la memoria del
Dr. Jorge A. Vivó, cuyo nombre
continuará escuchándose en la
Geografía de siempre.

A todas las personas que, de
alguna manera, contribuyeron
a la realización de este tra-
bajo.

INTRODUCCION

Todo estudio del hombre implica un problema de profundidad. Tratar del hombre es tratar de una verdad aún desconocida, ensayar en la incertidumbre, tantear en lo ignoto.

Dentro del limitado campo de la ciencia hay leyes y principios para explicarlo todo. ¿Qué sucede empero, cuando se pretende explicar el enigma de la vida y en especial la vida del hombre?

Hablar del hombre sólo como organismo es difícil, por su condición inteligente y perceptiva. Hablar de él como lúcido creador de herramientas para servirse de las fuerzas del Universo resulta incompleto, pues tiene también necesidades espirituales y físicas que requieren de otras capacidades. Concebirlo como fuente de sabiduría y perfección sería apócrifo, pues adolece de limitaciones y debilidades.

El hombre no puede ser estudiado parcialmente; de ahí la dificultad que encierra el someterlo a investigación bajo las distintas áreas del conocimiento. Hay ciencias que estudian su cuerpo, otras su mente y otras más su interior; pero no existe una que, al menos por el momento, lo estudie de manera integral.

El hombre conoce algo de su mundo, poco de la vida y casi nada de sí mismo. Únicamente tiene conceptos, ideas que

vagamente se alinean con su modo de vida, con la conveniencia del momento que vive. "Conócete a tí mismo", sentencia que, inscrita en el Oráculo de Delfos, ha pasado a la posteridad por explicarlo todo en tan pocas palabras, cobra especial interés si reparamos en el hecho de que esta capacidad --la de tener conciencia de su propia existencia-- es única y exclusiva del hombre. Sin embargo, ¿la desarrolla acaso? No, el hombre no siempre es totalmente honesto cuando se estudia a sí mismo, sea como individuo o como especie. Menos podría esperarse, entonces, de su éxito en esta empresa.

Este trabajo, que seguramente peca de innumerables defectos, es una introducción al estudio del hombre americano y sus orígenes, que, a la luz de la experiencia geográfica, pretende dar una nueva interpretación al conocimiento sobre el cual descansa este asunto aún no resuelto. Dicha interpretación consiste en contemplar cada una de las numerosas "respuestas" que se han dado, no realmente como tales, sino como partes concrecibles, adicionales al proceso de concertación de una única y completa realidad.

Para ello, a través de sus páginas se procede con la interrelación de todos y cada uno de los acontecimientos humanos, observados siempre sobre el escenario donde tuvieron lugar, es decir, valiéndose de esa dualidad que solo posee el proceder geográfico:espacio-tiempo.

Sin agregar nada al caudal de datos científicos, este trabajo constituye un intento por conciliar el material investigado, así como las opiniones y puntos de vista de los autores que sobre el particular se ocupan, para demostrar que el impedimento para llegar a la verdad no está en la falta de validez de lo recabado, sino en su interpretación.

CAPITULO I

DISTRIBUCION ACTUAL DE LAS RAZAS EN EL MUNDO

La especie humana es una de las pocas que pueden considerarse verdaderamente cosmopolitas. Es, sin duda, la única que ha logrado poblar virtualmente todas las tierras emergidas, distribuyéndose por la vasta superficie terrestre y adaptándose, por fuerza, a una serie de condiciones naturales distintas. Esto, por supuesto, ha requerido de un trabajo biológico por parte del organismo humano. Dicho de otra manera, el hombre ha debido acondicionar su cuerpo y sus costumbres a diferentes ambientes, una y otra vez, generando, en consecuencia, rasgos somáticos diferentes.

Esto sucede también entre los animales: en toda especie animal cuya distribución suponga poblaciones establecidas en medios sensible o estrictamente diferentes, deberán existir variaciones biológicas entre cada una de esas poblaciones. Estas diferencias intraespecíficas, siempre restringidas a características secundarias --es decir, no esenciales-- constituyen lo que se ha denominado raza.

Las razas son pues, agrupaciones de individuos dentro de una misma especie que poseen caracteres somáticos distintivos. Estos caracteres están siempre determinados por la selección natural. La raza constituye uno de los grados diferenciales subordinados a la especie, dentro de la taxonomía o sistemática.

Sin embargo, existe una gran diferencia entre el proceso de formación de tales rasgos distintivos o particulares en el hombre y el proceso que sigue la formación de dichos rasgos entre las demás especies animales. En el mundo animal la evolución de las especies ha seguido siempre un sendero totalmente influenciado por la Naturaleza, es decir, sus características están encaminadas a guardar armoniosa vinculación con las condiciones del medio físico. En el hombre, en cambio, este factor ha dejado de ser fundamental para ceder terreno a otro de análoga importancia, pero más activo: el medio social. Esto es, a medida que el hombre fue desarrollando sus capacidades intelectuales, la relación con su medio físico dejó de ser dependencia para convertirse en interacción. En otras palabras, al comenzar a actuar sobre la Naturaleza, el hombre modificó también los efectos que ésta ejercía sobre su organismo, dejando ya de ser absolutos. Esta interdependencia individuo-medio es algo exclusivo de la especie humana.

Así pues, es seguro que en los albores de la humanidad, la selección natural jugó un papel más importante dentro de la evolución física del hombre, de lo que significara después, cuando correspondió a los factores sociales --mestizaje, aislamiento, migración, economía, etc.--, el papel fundamental en la caracterización de sus diferentes razas.

La variabilidad genética es una característica propia

del hombre, y se debe ante todo al entrecruzamiento --mestizaje--, que es un factor social y tiene menor importancia entre los demás animales. El hombre, valiéndose de elementos como el fuego, el vestido, los transportes, el trabajo, la organización social, los instrumentos y otros productos de su inteligencia, pudo esparcirse por toda la superficie terrestre superando las barreras naturales, que suelen ser definitivas en la diferenciación biológica de los animales. De esta manera, puede explicarse que en él la variabilidad genética se manifieste a nivel de individuo --aún perteneciendo a una misma raza o a un mismo tipo racial--, mientras que en los animales ocurre a nivel de raza, subespecie o población.

Clasificar a las razas humanas --como puede inferirse de lo expuesto en el párrafo anterior-- no es, entonces, empresa fácil: se han propuesto numerosas formas de clasificación a través de los tiempos, siempre que la ciencia se ha ocupado del estudio del hombre; muchas de ellas tienen gran valor, pues constituyen un verdadero esfuerzo nacido del interés científico, pero otras, rayanas en la incongruencia, se basan en elucubraciones y artificios tendientes a demostrar, las más veces, la supuesta superioridad de una raza sobre las demás.

No es menester en este trabajo analizar cada una de estas clasificaciones, ni mencionarlas o criticarlas a todas, pero para proceder a la actual distribución de las razas en el

mundo, es necesario conocer al menos cuáles son las agrupaciones consideradas en las clasificaciones más recientes y acreditadas de la especie humana.

Como es sabido, las clasificaciones raciales se hacen tomando en cuenta un buen número de caracteres fenotípicos que, de alguna manera, distinguen a un determinado grupo de los demás. Tales caracteres van desde el color de la piel hasta la fisonomía conjunta, pasando por la forma del cráneo, la disposición de los dermatoglifos y las dimensiones del paladar. Para detectar diferencias y establecer comparaciones se efectúan una serie de mediciones, siguiendo técnicas establecidas y valiéndose para ello de instrumental especial.

Tradicionalmente, los antropólogos coinciden en la existencia de tres razas: caucasoide, negroide y mongoloide. Uno de los trabajos más aceptados, por su detallada descripción de caracteres y su división de cada una de las razas en tipos raciales o sub-razas, ha sido el de Kroeber (*) quien, además, explica la distribución de cada uno de estos tipos raciales en el área correspondiente. Sin embargo, aún este autor deja sin explicación satisfactoria a cuatro de los grupos que presentan más dificultad para ser incluidos en los encasillamientos tradicionales: los ainos del norte del Japón, los australianos, los weddas

(*) Kroeber, Alfred. Antropología General. Fondo de Cultura Económica. México, 1945, pp. 49-73.

del extremo sur de la India y los polinesios. Estos grupos humanos --que no constituyen propiamente razas--, actualmente relegados a áreas bien delimitadas, verdaderamente marginales, y que presentan características muy particulares, no pueden, efectivamente, ser incluidos en ninguna de las tres razas mencionadas. Incluso se ha llegado a tratar a estos grupos como verdaderos apéndices de la humanidad --posición totalmente absurda-- considerando a algunos como ejemplares vivientes de las fases prehistóricas de la evolución humana. Esto, como tantos otros juicios, es totalmente falso. El estudio minucioso de su fisonomía ha demostrado que se trata de seres tan modernos como cualquier otro, que, si bien poseen ciertos rasgos distintivos, forman parte del conjunto racial actual; y que la mayoría de los caracteres que se les imputan como relictos aparecen también, si no en conjunto, distribuidos entre los más "evolucionados" especímenes humanos.

Como veremos más adelante, a los australianos y weddas se les ha relacionado, dentro de las nuevas clasificaciones raciales, con el tronco negroide, formando una gran raza conjunta. Los ainos y polinesios han esclarecido su identidad como verdaderos puntos de contacto o mestizaje entre dos diferentes razas.

Las clasificaciones modernas, empeñadas en seguir una sistemática más adecuada y llegar a conclusiones lo más con-

gruentes posible, se basan en los últimos estudios arqueológicos que tienen como fin reconstruir el pasado de la existencia humana. La antropología soviética, actualmente a la vanguardia en estos estudios, ha tomado todo lo positivo de los trabajos precedentes y ha elaborado, en conjunto con sus propias aportaciones, una tentativa reconstrucción de los lineamientos generales que caracterizaron al proceso de formación de las razas humanas, si bien el problema de su génesis --excepcionalmente complejo-- no puede considerarse ni aún parcialmente dilucidado.

Y. Roguinski (*) dice que, hace unos 100 000 años, en una de las fases culminantes de la transformación del neanderthalense en hombre moderno, en el sureste de Asia --considerado como la cuna de la humanidad moderna por muchos científicos comenzaron a perfilarse dos grandes grupos ya diferenciados: el del noreste y el del suroeste, separados por las enormes cordilleras que ahí se levantan --Himalaya, Hindu-Kush, sierras de Indochina, etc.--, de los cuales habrían de surgir posteriormente los tres grandes troncos raciales de hoy. El primero de esos grupos, o protomongoloide, debió haberse difundido por toda la región este de Asia --norte, noreste, este y su-

(*) Roguinsky Y., Levin, M. Antropología, 2a. edición corregida y completada. Moscú, 1963, pp. 448-51.

reste--, propiciando la caracterización de cada uno de los tipos antropológicos que ahora constituyen la gran raza mongoloi de. Por su parte, el otro grupo del sureste, o protonegroide caucasoide, se expandió también, siguiendo la ruta occidental. De ahí, se supone, frente a su muy amplio horizonte, hubieron de formarse nuevos subgrupos de dispersión, siguiendo diferentes rutas y evolucionando por separado. La rama protocaucasoide --o protoeuropeoide, para utilizar la nomenclatura soviética debió tomar entonces la ruta más septentrional, poblando el Mediterráneo, Europa, el norte de Africa y comarcas contiguas de Asia. Su migración fue avanzando paulatinamente hacia el norte europeo. La rama protonegroide eligió el camino más meridional: parte de ella llegó hasta el Mediterráneo y de ahí continuó hacia el sur, poblando Africa y tierras vecinas; otra parte prefirió desplazarse por las tierras más australes, constituyendo lo que ahora serían los weddas, melanesios, papúas y australianos, es decir, toda la rama negroide del este, cuya distribución en un principio debió ser totalmente distinta de la tan restringida que hoy día presentan.

Durante el lento avance de todos estos grupos por sus distintas vías de dispersión, fueron generándose ciertas modificaciones sensibles del tipo físico --como la despigmentación de los protoeuropeoides y protomongoloides en su desplazamiento hacia las tierras menos insoladas del norte, o la profusión

cromática que fueron experimentando los protonegroides en su piel al acercarse más y más al Ecuador-- que más tarde llegaron a constituirse en los rasgos distintivos de las tres grandes razas actuales y sus tipos. Naturalmente, el mestizaje y los de más factores sociales --como ya se ha mencionado-- formaron parte de todo este complejo evolutivo, creando, además, zonas de contacto donde se fusionan los diferentes tipos antropológicos.

Tal es la concepción de la antropología soviética que, ante todo, postula el origen común del hombre, es decir, que todos los grupos humanos de la actualidad proceden de un tronco común --en contra de lo que algunos científicos reaccionarios, defensores del poligenismo (1) tratan de hacer creer.

Esta corriente, verdaderamente científica y deseosa de demostrar el absurdo y la falta de fundamentos del racismo --que en cierto modo sirve de sustento a la hegemonía de un sistema imperialista en el mundo actual--, ha dado lugar a varias clasificaciones raciales más completas y documentadas, que siguen un criterio corográfico y consideran el grado de proximidad filogenética entre cada uno de los grupos humanos. A continuación revisaremos la que N. Cheboksárov (*) propone.

Tres son las grandes razas que se consideran en esta cla-

(*) Cheboksárov, N. Principios fundamentales de clasificaciones antropológicas. Recopilación: El origen del Hombre y la distribución territorial del -- Hombre Antiguo. Moscú, 1951, pp. 291-322.

sificación: 1) negroide-australoides, ecuatorial o afro-océanica; 2) europeide o euroasiática y 3) mongoloide o asiático-americana (2). Estos tres grupos se dividen en subrazas, formadas a su vez por diferentes tipos, los cuales comprenden grupos, y así sucesivamente; incluyendo en ella a todos los representantes de la especie humana en el mundo.

ESCUELA SOVIETICA		pigmeos sudaneses bosquimanos etíopes
Gran raza negroide-australoides (10% de la humanidad)	rama (3) africana rama oceánica	weddas australianos melanesios papúas
Gran raza europeide (53% de la humanidad)	rama meridional (indomediterránea)	hindúes tadzhikos armenios latinos semíticos
	rama septentrional (atlantobáltica)	eslavos germanos bálticos
Gran raza mongoloide (37% de la humanidad)	rama septentrional (asiático-conti- nental)	mongoles buriatos
	rama meridional (asiático-pacífica)	malayos javaneses
	rama americana (4) (indígena americano)	

ESCUELA DE KROEBER

Tronco caucasoides	tipo nórdico tipo alpino tipo mediterráneo tipo hindú
Tronco mongoloide	tipo mongol tipo malayo tipo americano (5)
Tronco negroide	tipo africano tipo bosquimano tipo melanesiano tipo enano (pigmeos africanos)
"No clasificados"	australiano wedda aino polinesio

Como puede apreciarse, ambas clasificaciones coinciden y se complementan. El trabajo de Kroeber pudo servir de modelo a esta última clasificación de la escuela soviética, la cual, por su parte, cubre las deficiencias de la primera. Tal es el proceder de la ciencia.

M. Nésturj (*), basado en un modelo de G. Debetz nos presenta un mapa que, de acuerdo con la escuela soviética, muestra la distribución actual de las razas humanas en el mundo: la raza mongoloide, distribuida por toda Asia (exceptuando el sur), Indonesia, parte de Oceanía y presente también en América; ha

(*). Nésturj, M. Las Razas Humanas. Editorial Progreso. Moscú, -- 1976., pág. 64.

sido desplazada por la expansión europeide, raza que, dicho sea de paso, se halla ahora presente en todo el mundo. La raza negroide-australoides por su parte, ocupando el continente africano, parte del Indostán, Melanesia --y propiamente casi toda Oceanía--, Nueva Guinea y Australia, se encuentra también en Indochina y, más recientemente, en el este de los Estados Unidos de América, las Antillas y gran parte de Suramérica, especialmente hacia el oriente (mapa 1).

Otra de las propiedades que caracterizan a las nuevas clasificaciones raciales es precisamente el reconocimiento de zonas de contacto y transición, las cuales son cada vez más numerosas e importantes --dado el grado de variabilidad que el mestizaje propicia--, resultando un verdadero mosaico completamente entretrejido. En los tiempos modernos, la mezcla y las relaciones interraciales han hecho que las razas sean cada vez menos diferenciadas y cada vez menor el grado de "pureza racial", concepto del todo subjetivo que día con día va perdiendo fundamento y validez. Como ha dicho Nésturj (*): "cabe suponer que todos los tipos antropológicos y sus grupos terminarán por mezclarse y desaparecerán... la mestización deja a menudo de ser un factor genético de las razas para convertirse en factor de eliminación de las diferencias raciales".

(*) Nésturj, M., op. cit., pág. 74.

180

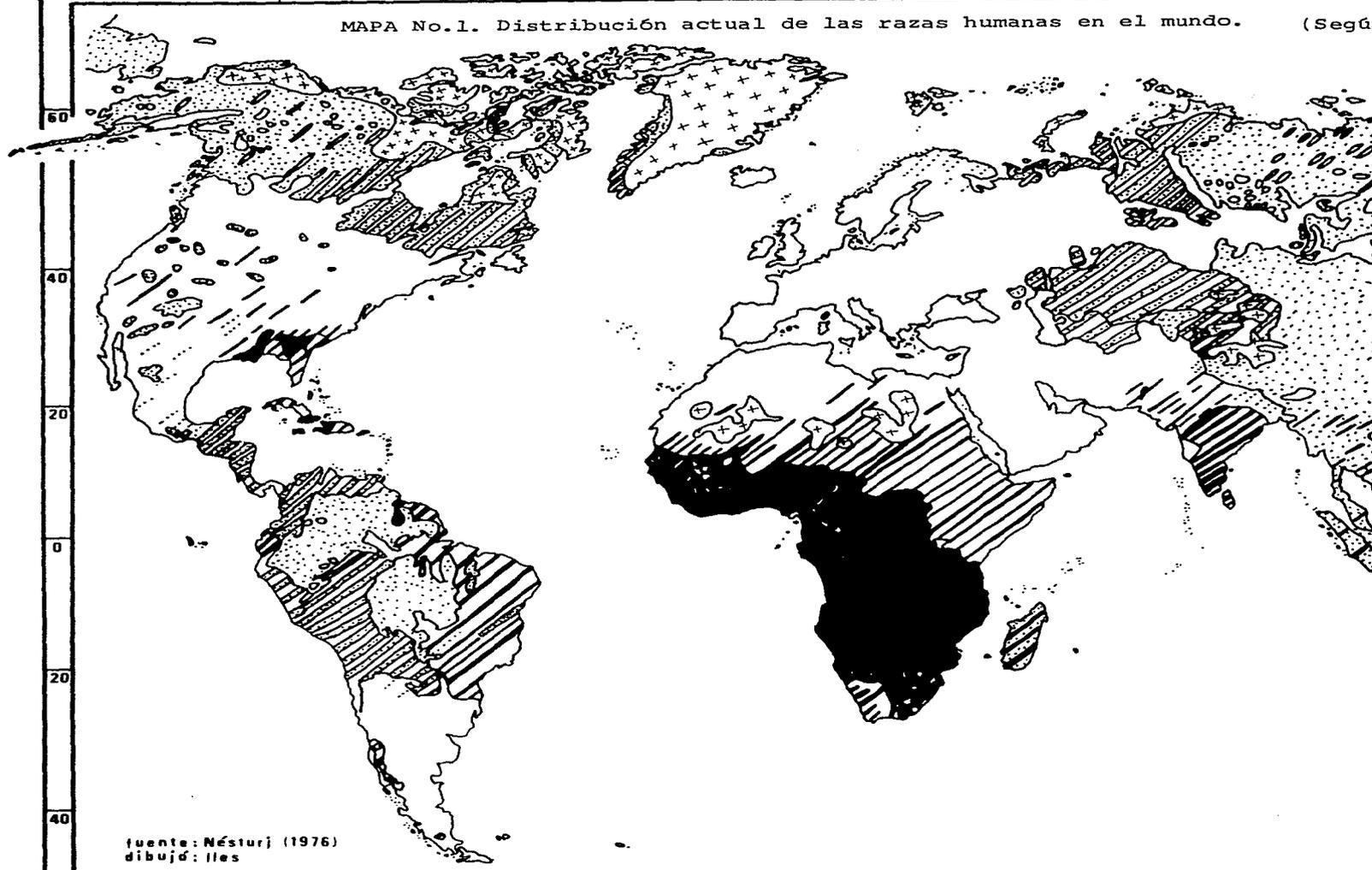
100

0

100

180

MAPA No.1. Distribución actual de las razas humanas en el mundo. (Según



fuate: Nésturj (1976)
dibujo: Iles

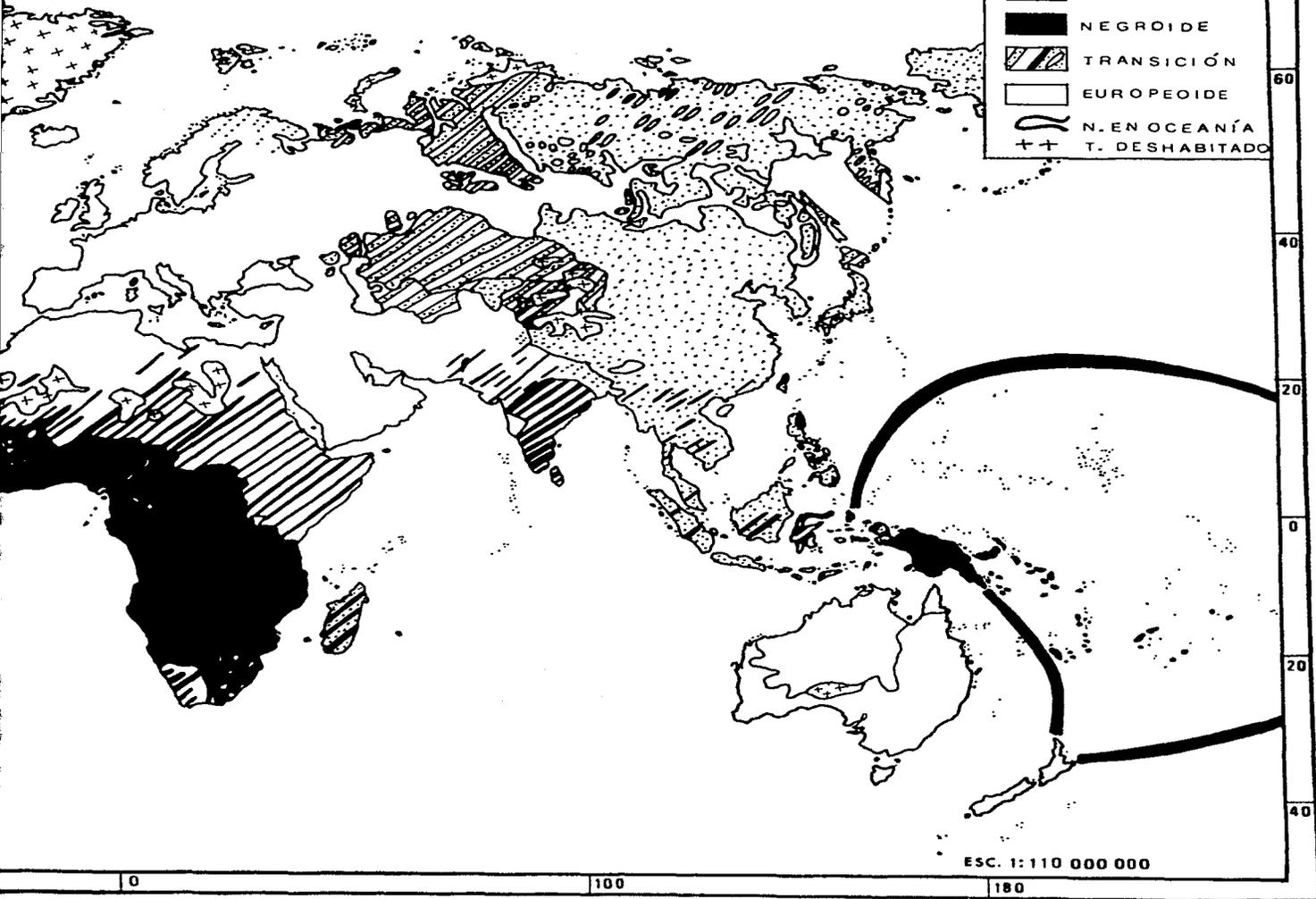
100

0

100

Actual de las razas humanas en el mundo.

(Según G. Debetz)



CAPITULO II

EL PROBLEMA AMERICANO

Hemos visto ya cual es el lugar que, según los especialistas, corresponde al indígena americano dentro de la clasificación universal de las razas humanas. Es menester ahora ocuparnos de otro problema no menos complejo y delicado: el del poblamiento de América, es decir, cómo y cuándo arribó al Nuevo Mundo la primera migración de pobladores que hubiera de abrir un nuevo capítulo en la historia del otrora virgen continente; pues, si algo ha podido esclarecerse dentro de todo un océano literario desatado a partir del "descubrimiento de América" y que versa sobre este controvertido tema es que, si bien no es ningún recién llegado, el hombre americano no es originario del Nuevo Mundo.

Para llegar a esta conclusión ha tenido que pasar mucho tiempo y han debido empeñarse muchas vidas dedicadas a la confirmación de los hechos verdaderos y a la desvirtualización de los supuestos falsos. Muchas teorías de gran validez se han derrumbado frente a otras mejor fundamentadas, pero el crédito de quienes las sustentaron debe quedar siempre intacto, pues cada una de ellas --aún cuando haya sido descartada-- representa un paso dado, una posibilidad agotada.

En efecto, parece seguro que América toda carece de yacimientos que evidencien la presencia de los antepasados del hom-

bre moderno en cualquiera de sus fases evolutivas. En otras palabras, nunca se ha encontrado, por ejemplo, un representante neanderthaloide, ni mucho menos de hombres anteriores a él, --heidelbergensis, rhodesiensis-- o aún de homínidos, mucho más antiguos (6). La antigüedad de los restos humanos en América parece no ir mucho más allá de los principios del neolítico (7). Conscientes pues de esto, es necesario preguntarse: ¿de dónde es entonces originario el hombre americano? ¿En qué época hubo de arribar al Nuevo Mundo? ¿De qué medios se valió para realizar esta empresa? ¿Qué vías utilizó para ello?

Para poder aspirar a encontrar una solución a estas interrogantes, es necesario conocer primero las peculiaridades físicas que caracterizan a los grupos humanos que actualmente componen la población aborigen de América y su distribución en el extenso continente.

Desde el punto de vista de la Antropología Física, el indígena americano fue considerado durante mucho tiempo como representante de un tipo homogéneo, es decir, se pensaba que todos los habitantes precolombinos del Nuevo Mundo guardaban una absoluta uniformidad en cuanto a sus caracteres externos, constituyendo, en conjunto, un solo tipo antropológico perteneciente a la gran raza mongoloide. Ulloa, por ejemplo, llegó a exclamar: "visto un indio de cualquier región se puede decir que

se han visto todos en cuanto al color y contextura" (*). Para Hrdlicka, las diferencias que se observan de grupo a grupo son "más aparentes que reales", y si existen verdaderas diferencias "carecen en todo caso de suficiente peso para justificar cualquier diversificación" (**).

En realidad, quienes sostienen el concepto de la homogeneidad somática son furibundos seguidores del monogenismo, esto es, de la teoría de que el poblamiento de América se realizó a partir de un solo tipo antropológico definido. De esto se tratará más adelante.

A. Keith, otro distinguido estudioso que está de acuerdo con el monogenismo, dice: "Es cierto que el hombre americano difiere en apariencia de tribu a tribu y de región a región, pero bajo estas diferencias locales hay una semejanza fundamental. Esto, también, está en favor de la descendencia de una única y reducida comunidad ancestral" (***) .

Efectivamente, si observamos a primera vista representantes de diferentes tribus indígenas, debemos reconocer un cierto

(*) Ulloa, N citado por Comas en: Comas, Juan. El origen del Hombre Americano y la Antropología Física. Cuadernos del Instituto de Historia. Serie Antropológica, No. 13. UNAM. México, 1961, pág. 6.

(**) Hrdlicka, Ales. The origin and antiquity of the American Indian. Revised Edition. Smithsonian Report for 1963. Publication 2778. Washington, 1928, pág. 481.

(***) Keith, A. New theory of human evolution. London, 1948, pág. 218.

"aire de familia", esto es, existe un evidente parecido entre todos los indígenas americanos, como es de esperar que suceda entre los individuos de distintos tipos antropológicos que hayan permanecido en contacto por largo tiempo. Sin embargo, al profundizar un poco nos percatamos de que esas similitudes son más bien aparentes y de carácter muy general y que dicho parecido, en verdad, no pasa de ser eso: un mero "aire de familia". No puede seguir considerándose la existencia del "american homotype" --en el estricto sentido del concepto-- donde existe una gran riqueza de caracteres fenotípicos distintos.

La variabilidad somática del indígena americano, aludida ya por Humboldt es, pues, un hecho incontestable y ha sido estudiada a fondo, en tiempos más recientes, por científicos tan conspicuos como Rivet, Imbelloni, Newman y otros más.

A propósito de este asunto, me viene a la memoria una cita de Levillier, que ilustra muy bien la gran diversidad que existe entre las poblaciones americanas y remarca la abstracción del término indio americano:

"Indios eran los tekeetas y tahinos de Cuba, mansos y hospitalarios; indio, el caribe antropófago; indio, el otomí primitivo, que vivía en cuevas; indio, el salvaje jíbaro; indio, el uro, más pez que hombre, que vivía en las aguas del Titicaca; indio, el artístico picapedrero maya, y el orfebre chibcha, y el sabio legislador incaico, y el delicado ceramista yunga, y

el tejedor coya; indio, el heroico azteca, y el canibalesco chiriguano, y los indómitos diaguitas y araucanos; indios, el tímido juri, el nómada lule y el sedentario comechingón y el fiero guaraní, y variaban las inteligencias, las crueldades y manse-dumbres, los tonos de la piel, las lenguas, los ritos y las teogonías, y se confundían los veri domini con los indios usurpadores que los sujetaron a su obediencia. Ni en su posición jurídica, ni en su aspecto físico, ni en su lengua, ni en sus gustos, ni en sus modalidades morales, ni en sus capacidades creadoras eran los mismos" (*).

Si nos ponemos a reflexionar en lo que dicha variabilidad representa y en lo que tal hecho supone, nos enfrentamos a otra cuestión: ¿es esta variabilidad una prueba de la composición poligenista de la población antigua de América? ¿O puede considerarse como un ejemplo de adaptación biológica debida al enfrentamiento con las más variadas condiciones naturales?. Es decir, ¿dicha variabilidad somática actual es cuestión de multiplicidad en la composición original o resultado de una singular evolución adaptativa divergente? Como suele suceder, los estudios de este problema tienden a inclinarse hacia una u otra posibilidades; y la verdad es que ambas, lejos de ser antagónicas,

(*) Levillier, citado por Hanke, L. en: Hanke, L. La lucha por la justicia en la conquista de América. Ed. Sudamericana, 1949, pág. 350.

se complementan.

Muchos científicos identifican a cada uno de los tipos antropológicos de América con una corriente de inmigrantes, pasando por alto las modificaciones que un mismo tipo puede sufrir al encontrarse en un habitat distinto y bajo la acción de otros factores como la mestización; esto es, son presa de un "fuerte prejuicio hereditario" (cursivas mías) --como dijera Newman (*)-- ya que dejan todo el trabajo a ese factor. Otros creen que todas las diferencias se originaron ya en el territorio actual: caen en un absurdo determinismo geográfico, lo cual carece también de fundamento, pues se trata con frecuencia de caracteres en verdad hereditarios que difícilmente cambian por adaptación.

Debemos entender, en conclusión, que el poblamiento de América no es, de manera alguna, hazaña exclusiva de un solo grupo; evidentemente varios tomaron parte en ello. Varios grupos que al propagarse por el ámbito continental de tan variadas condiciones naturales, y al evolucionar por separado, hubieron de diversificarse aún más, constituyendo los tipos antropológicos que ahora conocemos. En este proceso, por supuesto, los fac-

(*) Newman, M. and Stewart, T. An Historical Resumé of the Concept of Differences in Indian Types.
American Anthropologist, 53: 19-36, Menasha, 1951.

tores sociales --mestizaje, bagaje cultural, etc.-- jugaron un papel fundamental.

Estos tipos antropológicos existentes en América han sido bien identificados mediante estudios exhaustivos por parte de los especialistas. Como el objetivo de este trabajo no es profundizar en cada uno de los rasgos somáticos y adoptar el problema sistemático de la Antropología Física como propio, procederemos a revisar, solamente, la clasificación de los tipos indígenas que, a nuestro parecer, reúne las cualidades requeridas. Se trata del trabajo del Dr. Imbelloni, quien, basándose en los previos escritos de Sergi-Biasutti, von Eickstedt, Quatrefages, d'Orbigny y otros; y siguiendo un orden corográfico más preciso, publicó su "Tabla clasificatoria de los Indios" (*), en la cual se encuentran incluidos todos los antiguos habitantes del Nuevo Mundo, ordenados en 10 tipos a saber:

- | | |
|---------------|---|
| 1) subártidos | (en alusión al Océano Glacial Artico) |
| 2) colúmbidos | (al distrito de Columbia Británica) |
| 3) plánidos | (a las planicies centrales de la América del Norte) |
| 4) sonóridos | (al estado de Sonora) |

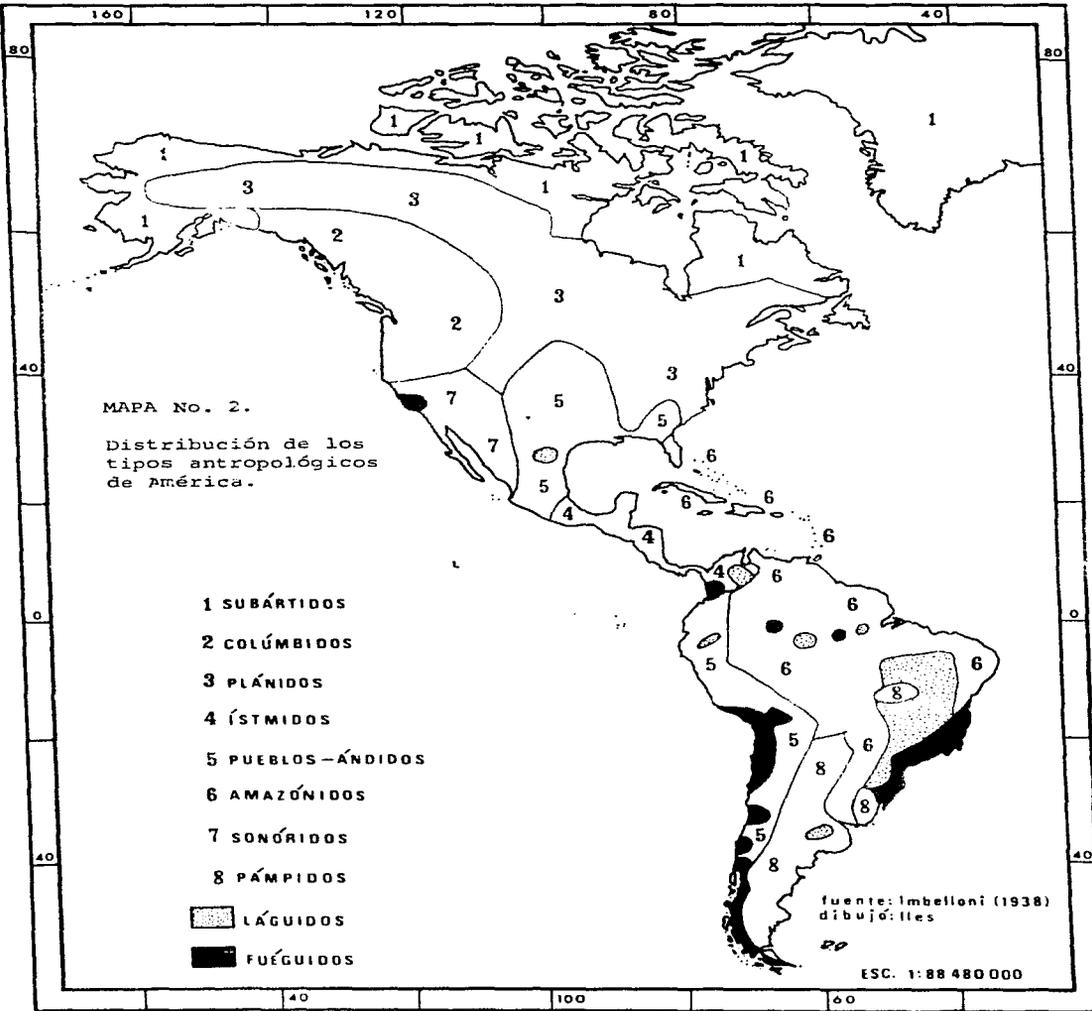
(*) Physis, XII: 230-249, Buenos Aires, 1938.

- | | |
|--------------------|---|
| 5) pueblos-ándidos | (8) |
| 6) ístmidos | (al istmo continental americano) |
| 7) amazónidos | (a la región de la Amazonia) |
| 8) pámpidos | (a las llanuras o pampas australes de la América del Sur) |
| 9) láquidos | (9) |
| 10) fuéquidos | (a la Tierra del Fuego) |

A continuación se procederá a definir el territorio de cada uno de estos grupos humanos y a enumerar sus peculiaridades físicas más sobresalientes, tal y como lo hiciera el Dr. Imbelloni. Para estos efectos, se presentan: el mapa 2 --original del autor-- y una colección de fotografías que, con el objeto de ilustrar la variedad de tipos indígenas existente en América, fue recopilada de diferentes fuentes (apéndice 2).

1) Subártidos

Se trata de los esquimales. Un grupo tan excepcionalmente homogéneo, distribuido a todo lo largo de la costa ártica, tanto en Eurasia como en América, y tan estrechamente relacionado con los pueblos asiáticos, que Imbelloni, siguiendo el criterio de sus antecesores, les da el número cero dentro de la clasificación y admite que se encuentran fuera de la historia filogenética del hombre americano. Su mención, "aunque inevitable desde el punto de vista meramente geográfico --dice Imbelloni--



MAPA NO. 2.

Distribución de los tipos antropológicos de América.

- 1 SUBÁRTIDOS
- 2 COLÚMBIDOS
- 3 PLÁNIDOS
- 4 ÍSTMIDOS
- 5 PUEBLOS-ÁNDIDOS
- 6 AMAZÓNIDOS
- 7 SONÓRIDOS
- 8 PÁMPIDOS

-  LÁGUIDOS
-  FUÉGIDOS

fuentes: Imbelloni (1938)
dibujó: Iles

ESC. 1:88 480 000

rectos por redondeados en la mujer. Pómulos sobresalientes y gruesos, mentón prominente, grueso y cuadrado. Nariz larga y encorvada en los hombres --pico de águila. Color cutáneo bronceado, más bien claro; cabello e iris oscuros.

Son conocidos como "pieles rojas" debido a la coloración artificial. Poseen rasgos atractivos y una expresión vigorosa. Su gran dinamismo migratorio los ha impulsado a ocupar la mayor parte de las planicies de la América del Norte, incluso ya en pleno siglo veinte.

4) Sonóridos

Localización.- Se encuentran ocupando una faja que comprende los estados de Oregon y California --Estados Unidos de América, el estado de Sonora y el territorio situado entre la Sierra Madre Occidental y el océano Pacífico, en México. La península de Baja California se excluye de esta delimitación, puesto que su población presenta otras peculiaridades que posteriormente trataremos.

Características.- Estatura alta --aunque menor que en los plápidos--, dolicocefalia, cabeza pequeña, rasgos finos, nariz chata, frente angosta y contornos faciales redondeados. Miembros inferiores notablemente largos --macroesquelia. Hábito longilíneo. Color cutáneo más oscuro, con reflejo rojizos. Iris y cabellos oscuros.

En general se trata de una forma humana más liviana y

mental oeste de la América del Sur, ocupando parte de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, la región andina de Argentina y el Chaco Santiagueño.

Características.- Estatura baja, braquicefalia --aunque practican la deformación craneana--, cabeza pequeña --especialmente en las mujeres-- pero sin platicefalia. Cara corta, nariz con base ancha pero con dorso suficientemente largo y saliente, con diámetro bicigomático notablemente amplio. Torso muy desarrollado en comparación con los miembros, tórax convexo. Color cutáneo variable con predominio de pigmentaciones intensas. Cabello negro e iris obscuro.

6) Istmidos

Localización.- Se encuentran en un área que comprende el sur de México, el istmo centroamericano y parte de Suramérica, sin límites bien definidos en esta última.

Características.- Estatura baja, cráneo extremadamente corto y ultrabraquimorfo, con índices craneanos cercanos a cien --aunque hay que tener en cuenta que practican la deformación craneana--; cara ancha, muy corta, nariz platiforme y de base ensanchada, mentón huyente hacia atrás que hace perder el relieve sinfisiano. Construcción corpórea tosca. Todo esto --según Imbelloni-- produce una imagen de tipo grosero. Color cutáneo más obscuro que en los demás indios en general. Cabello y ojos negros.

Los estudios de Boas, Sergi, Biasutti, Hrdlicka y Haddon en esta compleja zona de sucesiva acumulación de tipos humanos muy variados, han permitido destacar dos elementos: a) fino y b) grosero, que distinguen diferentes zonas; predominando en el sector norte el primero de ellos y en el sur el segundo. Estas diferencias se basan principalmente en la forma de la nariz y en la fisonomía, más armónica en el primer elemento.

El tipo ístmico, en general constituido sobre la base meridional que es la que actualmente predomina, presenta un mongoloidismo más evidente que los demás tipos y constituye una incrustación humana de reciente asentamiento en la zona de los pueblos-ándidos, con cierta uniformidad somática y cultural.

7) Amazónidos

Localización.- Su territorio se extiende en una amplia porción del continente suramericano, desde los Andes hasta la costa del Atlántico, comprendiendo las cuencas de los ríos Orinoco y Amazonas. Al sur limita con la región del Chaco y penetra a manera de cuña hasta el río de la Plata. Al este se prolonga en una faja que llega hasta Recife --Brasil-- y luego continúa hacia el sur, limitando con la región de los láguidos.

Características.- Estatura mediana y baja, mesocefalia, cara medianamente alta, mediocre desarrollo de los pómulos y la nariz, la cual presenta aletas medianamente abiertas. Constitución corpórea robusta, hombros medianamente amplios, cuello vo-

luminoso y músculos de los brazos bien desarrollados. Piernas relativamente débiles y cortas, brazos notablemente largos, tórax grande y bombé. Color cutáneo de varias tonalidades, pero siempre claras sobre fondo amarillento.

8) Pámpidos

Localización.- Se encuentran en una región situada al oriente de los Andes argentinos hasta la costa del Atlántico, limitando al norte con el territorio de los amazónidos y prolongándose al sur hasta la porción septentrional de la isla Tierra del Fuego.

Características.- Estatura alta y muy alta, llegando a los 1.83 m. en la Tierra del Fuego. Predomina la dolicocefalia, caracterizada también en los restos de sepulturas antiguas, aunque la braquicefalia es común entre los patagones modernos, quienes practican la deformación craneana. En el sur, la variación de los índices se debe a la invasión de las pampas por parte de braquioides andinos --los araucanos-- durante los siglos XVII y XVIII. El cráneo es generalmente voluminoso y pesado, los pómulos y el mentón salientes y gruesos, la cara y nariz alargadas. La constitución del esqueleto es rígida y de grandes dimensiones; no obstante, las proporciones recíprocas de los miembros son notablemente armoniosas. Su corte atlético y lo proporcionado de sus músculos en general hacen del pámpido --según Imbelloni-- "uno de los más soberbios modelos del organismo

humano" (*). No existe dimorfismo sexual. La piel es de pigmentación intensa con reflejos bronceados, los ojos y el cabello oscuros.

9) Láguidos

Localización.- Se distribuyen en un área discontinua, cuya porción más representativa es el altiplano oriental del Brasil. Después tenemos numerosos núcleos diseminados por todo el continente; por ejemplo, el extremo meridional de la península de Baja California y las sepulturas antiguas de Coahuila --México--, varios conchales de la costa chilena, vestigios óseos de Buenos Aires, etc.

Se trata del tipo americano más antiguo que se conoce: un pueblo de recolectores muy difundido al principio en una amplia porción que correspondía a todo el continente --norte y sur--, y que fue después desmembrada frente al avance de las olas humanas más recientes, de quienes, en parte, adquirieron nuevos hábitos por aculturación. En las selvas amazónicas tenemos hoy representantes vivientes de esos primitivos pobladores, conocidos por los autores brasileños como "indios do Matto".

Características.- Estatura baja, dolicocefalia, cráneo pronunciadamente angosto pero elevado, cara ancha y baja, nariz ensanchada y cameforme, paladar corto. Musculosidad corporal

(*) Imbelloni, J., op. cit., pág. 240.

notable en los varones. Sensible diformismo sexual. Coloración cutánea clasificada entre las claras de América; cabello tendiente a castaño --poco común entre los indígenas--, delgado y no totalmente liso. Hay tribus en las que el pelo rizado es frecuente.

En contraste con estos caracteres, el rostro de los láguidos presenta cierta rudeza morfológica y en algunas variedades la nariz "asume --como dice Imbelloni-- una forma pseudosemítica, netamente melanesioide" (*). Existen algunos núcleos de población en estricto aislamiento que presentan estatura muy reducida, incluso pigmoide.

10) Fuéguidos.

Localización.- Se encuentran, al igual que los láguidos diseminados en una superficie discontinua, comprendida en todo el continente. Su dispersión es aún más patente que en el grupo anterior, ya que la parte más importante se sitúa al sur de la isla Tierra del Fuego, islas australes y occidentales de Chile, y después una faja interrumpida sobre el litoral chileno y peruano. En la misma costa chilena se encuentran yacimientos arqueológicos pertenecientes a este grupo --los de Valdivia, Coronel, Talhuacano y Coquimbo--, al igual que tierra adentro, sobre el altiplano. En Colombia y Venezuela hay algunas tribus

(*) Imbelloni, J., op. cit., pág. 241.

sobrevivientes de fuéguidos, como las uru del Desaguadero, los motilones, guajiros, piaroa y otros. En California, sobre la bahía de Humboldt existen también restos de estos antiguos habitantes, y hay incluso algunas tribus que aún sobreviven al norte de San Francisco. Por último, tenemos indicios de su presencia en la costa oriental del Brasil, en los sambaguis o concheros (10), alineados desde los 15° hasta los 30° de latitud sur, y en las poblaciones sobrevivientes de botocudos.

Es necesario advertir lo que la actual distribución de estos grupos, pertenecientes a los dos últimos tipos antropológicos aludidos --láquidos y fuéguidos-- nos revela. Debido a su total confinamiento, ambos representan la estratificación más primitiva del poblamiento de América, cuya distribución inicial hubo de variar necesariamente, presa del empuje de las subsecuentes oleadas de pobladores más modernos.

Características.- Estatura baja, dolicocefalia, bóveda craneana baja, frente angosta, cara alargada, leptorrinia; paladar oblongo (11). La construcción corpórea es menos armoniosa que en los láquidos: los miembros inferiores muestran a menudo un desarrollo raquíptico y su fisonomía es, en general, poco atrayente.

Son poseedores de una de las culturas más pobres que se conocen, cuya economía produjo a través del tiempo la acumulación de los mencionados concheros en varios lugares.

Es necesario hacer notar que Imbelloni --así como la mayoría de aquellos que le precedieron en sus trabajos-- utiliza una sistemática basada en los caracteres de la "estructura corpórea", o primarios, como él los llama --forma del cráneo, talla, proporción corporal, complexión, etc.--, debido a que --según él considera-- tienen mayor importancia y son más confiables que los caracteres exteriores --como el color y forma del pelo, color de los ojos y piel. Sin embargo, cabe aclarar que, sobre la importancia y persistencia genética de los distintos caracteres del hombre, hay también grandes polémicas que no han cesado aún, tratando de demostrar cuáles son estrictamente hereditarios y cuáles son más susceptibles de transformación por adaptación ambiental.

CAPITULO III

ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE EN AMERICA Y CONSIDERACIONES SOBRE EL PASADO GEOLOGICO

Los múltiples yacimientos arqueológicos descubiertos a través de toda la historia del americanismo, han hecho pensar a los especialistas en cientos de fechas distintas para situar en el tiempo la aparición del hombre en América. Por supuesto, esto está determinado siempre por la hipótesis que cada autor quiere sustentar.

La estimación cronológica de un yacimiento arqueológico debe hacerse siempre en armonía con la geología y la paleontología del lugar. Sin embargo, los diferentes criterios en materia de geología han provocado que en América del Sur se atribuya a ciertos yacimientos una edad que dista mucho de toda probabilidad. Lo mismo ha sucedido cuando se quiere estudiar la paleontología americana de acuerdo con el criterio tradicional europeo, pues existen diferencias de gran importancia --que serán tratadas más adelante-- en la manera como se sucedieron los hechos, de un continente a otro. Por lo tanto, es fácil caer en exageraciones si se relaciona a la ligera la edad del hombre americano con las edades de los restos paleontológicos (*).

(*) Martínez del Río, P. Los Orígenes Americanos. Tercera edición. Páginas del Siglo XX. México, 1952. pp.79,83 y 87.

La reciente utilización de métodos radiactivos --mediciones del carbono y uranio-- en el análisis cronológico de los yacimientos arqueológicos ha permitido estimar con más precisión la antigüedad de cada uno de los restos, orgánicos y culturales. Dichos métodos --que tampoco gozan del carácter de infalibles--, sin embargo, no han sido aplicados a todos los vestigios encontrados hasta ahora. Las mediciones, en su mayoría efectuadas en América del Norte, han arrojado resultados que apenas sobrepasan los 10 000 u 11 000 años, es decir, datan de fines del pleistoceno.

Al hombre de Minnesota, por ejemplo, se le ha atribuido una edad considerable --20 000 años o más-- cada vez que se hacen estudios sobre el yacimiento donde fue encontrado; pero cabe advertir que aún no se han aplicado los nuevos métodos de fechamiento en este fósil. Algunos fechamientos efectuados en Norteamérica de ciertos proyectiles muy primitivos --"pre-projectile points"-- han revelado una edad de 25 000 a 30 000 años, pero el mismo Krieger (*) duda de la veracidad de estos experimentos, advirtiendo que hace falta más investigación. Por otro lado, Morris Swadesh (**) mediante meticoloso estudio filológico y glotocronoló-

(*) Krieger, D. Alex. Early Man in the New World, in: Pre-historic Man in the New World. The University of Chicago Press. Chicago, 1969., pág. 45.

(**) Swadesh, Morris. Linguistic Overview, in: Prehistoric Man in the New World. The University of Chicago Press. Chicago, 1969., pág. 527.

gico, atribuye a las lenguas americanas una antigüedad que media entre los 15 000 y los 20 000 años. Otros especialistas americanos como Romer (*) y Nelson (**), basándose en diferentes perspectivas del estudio antropológico, aceptan una antigüedad de 10 000 a 20 000 años, y aún más --Merriam (***)-- , pero siempre sin ir más allá de las últimas fases del pleistoceno, con lo cual la mayoría de los investigadores está de acuerdo.

Por todo esto, y conviniendo con el criterio de Rivet (****), es razonable aceptar una edad de 20 000 años como máximo, dejando un margen de 10 000 años más allá de lo que hasta ahora ha podido comprobarse pensando en que, seguramente, los posteriores hallazgos y experimentos habrán de rebasar estos datos.

América es pues, como dijera Rivet, un continente de reciente poblamiento.

-
- (*) Romer, A. Pleistocene vertebrates and their Bearing in the problem of Human Antiquity in North America, in: Jennes, D. The American Aborigines. Toronto, 1933., pp. 87-130.
- (**) Nelson, C. The antiquity of man in America in the light of Archaeology in: Jennes D. The American Aborigines. Toronto, 1933., pp. 49-83.
- (***) Merriam, J. Present status of knowledge relating to antiquity of man in America. XVI Congress International de Geologie. Washington, 1933.
- (****) Rivet, P. Los Orígenes del Hombre Americano. Fondo de Cultura Económica. México, 1960., pág.68.

Ahora bien, para poder comprender la manera como tuvo lugar el poblamiento de América es menester conocer, al menos superficialmente, el aspecto que presentaba entonces la superficie terrestre y las condiciones que la Naturaleza imponía.

La aparición del hombre sobre la faz de la Tierra fue un acontecimiento procedido por innumerables sucesos de no menor importancia. Toda la historia humana representa poco menos que un instante en la existencia de nuestro asediado planeta. Miles y miles de fenómenos debieron ocurrir, por ejemplo, antes que sus condiciones fueran propicias para que el milagro de la vida tuviera lugar. La historia geológica está pues, llena de acontecimientos prodigiosos y catastróficos que dieron como resultado la fisonomía que actualmente contemplamos.

Como lo que ahora nos ocupa es precisamente el estudio del hombre, procederemos a revisar, aunque sea superficialmente, el estado de las cosas durante los últimos capítulos de la historia de la Tierra.

De todas las eras o edades en que, según la escuela americana, se ha ordenado la evolución geológica, el cenozoico --o era cenozoica--, del griego cenos: reciente y zoein: vida, es la última; en ella vivimos actualmente. Se divide, como todas las demás, en períodos, los cuales --determinados

por los sucesos de importancia que se verificaron dentro de ella-- son siete, a saber:

paleoceno	(gr. paleos: antiguo)
eoceno	(eos: aurora)
oligoceno	(oligos: poco)
mioceno	(meion: menos)
plioceno	(pleion: más)
pleistoceno	(pleiston: el más)
holoceno	(holos: todo)

Esta clasificación de las eras geológicas puede hacerse encajar dentro de la escuela francesa y, combinando ambas, tenemos que dentro del cenozoico existen dos grandes divisiones:

1) el terciario --o antigua era terciaria--, que comprende los cinco primeros periodos y 2) el cuaternario --o antigua era cuaternaria--, que comprende los dos últimos.

Pues bien, esta última separación de los periodos del cenozoico tiene gran significación para nuestro estudio, ya que es al iniciarse el pleistoceno cuando se registra la aparición de los hominidos sobre la superficie terrestre, mismos que se consideran antepasados directos del hombre antiguo. De esto hace aproximadamente entre 1800 000 y 2000 000 de años.

Sin embargo, lo que marca la iniciación del pleistoce-

no no es, ni lejanamente, esta proeza biológica, sino otro fenómeno de carácter físico, verdaderamente inusitado, que revolucionó las condiciones existentes en el planeta hasta entonces: el de las glaciaciones o edades del hielo. Efectivamente, en los albores de dicho período se registra un descenso en la temperatura de todo el planeta (12), que provoca la formación de casquetes de hielo de considerable espesor que progresivamente van cubriendo grandes extensiones de tierra en ambos hemisferios --norte y sur--, hasta llegar a ocupar cerca del 30% del total de las tierras emergidas. En las latitudes menos extremas se produce, al mismo tiempo, el desencadenamiento de fuertes y copiosas lluvias, asociadas a otros fenómenos tectónicos que afectan al resto de la superficie de la litósfera (13).

Se habla de glaciaciones porque se sabe que no constituyeron un solo helamiento continuo, sino cinco grandes épocas de culminación glacial, separadas entre sí por períodos de deshielo llamados interglaciales, en los que se registraba una elevación parcial de la temperatura y un cierto retorno a las condiciones iniciales.

Lo que interesa para nuestro estudio es conocer los rasgos más importantes de la última de estas edades glaciales: Würm; así como los que caracterizaron al período geológico que lo sucedió: el holoceno o reciente, que comenzó hace

unos 15 000 años, al verificarse el definitivo retroceso de los hielos.

Es conveniente aclarar que, si bien la conformación de los continentes durante el mioceno presentaba variaciones importantes, dentro del pleistoceno era ya, en esencia, casi como se presenta ahora. Las diferencias que pudieran haber existido en ese entonces carecen de importancia para el presente estudio; excepto una: la de la continuidad terrestre entre el noroeste de América y el noreste de Asia, a través del istmo de Bering, de cuya existencia se tratará más adelante. Fuera de dicha conexión, América se encontraba tan "aislada" del resto de los continentes como lo está en el presente. Todas las demás comunicaciones terrestres con el Viejo Mundo quedan, pues, descartadas.

Würm o la última glaciación.-

Durante la última edad del hielo, los casquetes cubrían una gran parte de la América del Norte, de este a oeste y desde el Artico hasta Cincinnati, Nueva York y Vancouver; aunque nunca constituyeron un todo simultáneo, pues hubo etapas máximas y mínimas para diferentes zonas. En el oeste se registraron dos etapas máximas, separadas a su vez por dos máximas en el este que, según Antevs (*) pudieron haber correspondido a

(*) Antevs, Ernst. The Last Glaciation. New York, 1928., pp. 75-76.

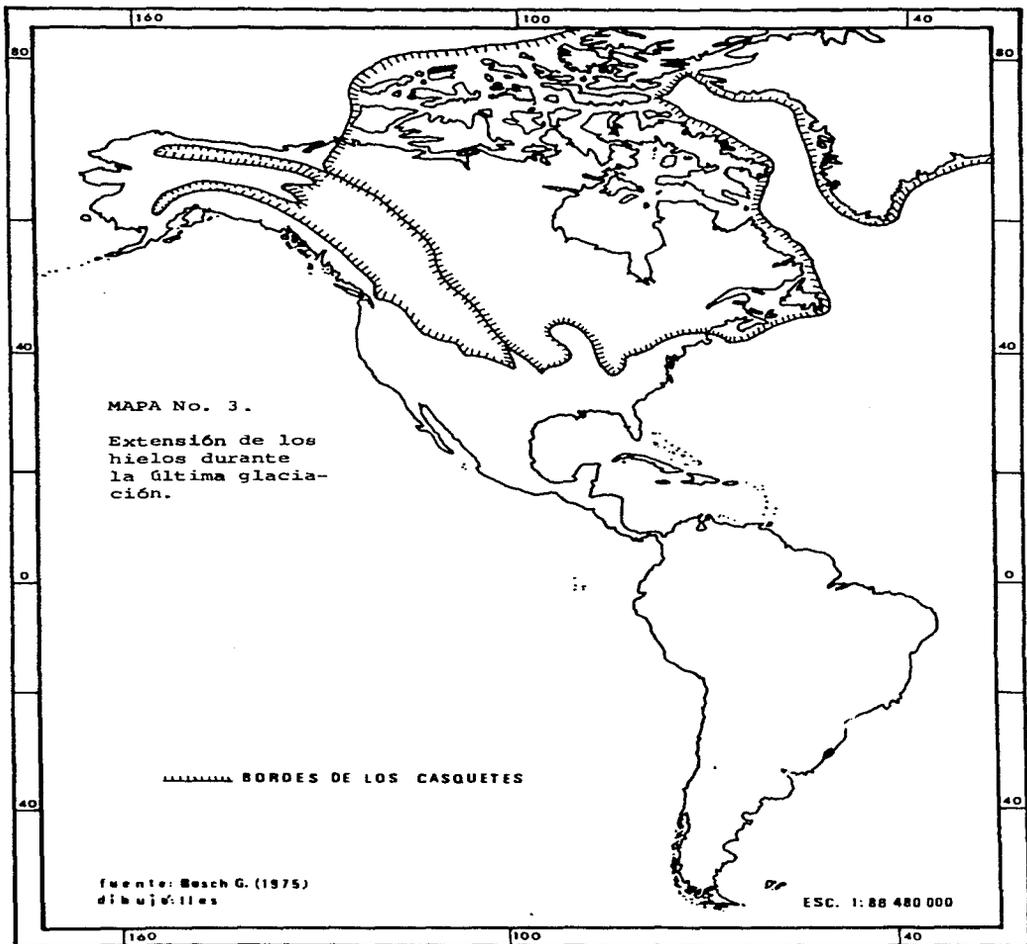
un encogimiento de los hielos occidentales, quedando una faja o corredor totalmente libre de ellos. Esta faja, después, tuvo que haberse cerrado definitivamente debido al crecimiento de los casquetes en todo el Canadá, los cuales persistieron hasta el último gran deshielo. Esto debió haber ocurrido en un período iniciado hace 55 000 años y terminado hace unos 20 000.

Por otra parte, se sabe que ciertos valles, tanto en América como en Eurasia, estuvieron libres de hielos por lo menos durante esta última glaciación, y otros --según la mayoría de los geólogos-- todo el pleistoceno. Ejemplo de ello son el valle de Yukon en América del Norte y el valle del Anadyr en Siberia septentrional, los cuales, debido quizá a una insuficiencia de humedad, permanecieron siempre sin congelarse.

Finalmente, el distinguido geólogo Antevs afirma que durante la última etapa de helamiento, poco antes de iniciarse el reciente, existía, desde el mar de Bering, toda una zona hacia el oeste de la América del Norte libre de hielos que, remontándose por el valle del Yukon y posteriormente el del Mackenzic penetraba a manera de entrante hasta las faldas de las Rocallosas canadienses. Evidentemente, cuando se efectuó el último derretimiento de los hielos, esta zona hubo de quedar expedita hasta el corazón de América (*); (mapa 3).

En América del Sur los hielos alcanzaron solamente las

(*) Antevs, E., op. cit., pp. 81-82.



islas más meridionales y parte de las llanuras patagónicas.

Durante la última fase de la glaciación Wurm --edad glacial que se originó hace unos 100 000 años-- se registró un período de intensas lluvias que resultó en la formación de lagos en regiones normalmente áridas o secas.

Infinidad de glaciares de montaña que persisten hasta hoy, fueron formados durante esta glaciación.

Efectos de todas las glaciaciones en general sobre la fisonomía de la superficie terrestre, y que se presentaron por supuesto durante la última edad glacial, fueron: 1) depresión de la corteza terrestre bajo el peso de los mantos de hielo, y 2) fluctuaciones en el caudal oceánico --es decir, el nivel de las aguas marinas descendía al permanecer sobre los continentes, en forma de hielo, el agua que se precipitaba, en lugar de ser restituida al mar. Este descenso, según Longwell y Flint (*) alcanzó los 100 m. por debajo del nivel actual. Otros geólogos lo reducen a 80 m.

Lo importante es observar que dichos fenómenos propiciaron en ciertas zonas marinas de escasa profundidad, la formación de verdaderos pasos o puentes durante los momentos culminantes de cada glaciación. Fue éste el caso del estrecho de

(*) Longwell, C. Geología Física. Limusa-Willey. México, 1971, Flint, R. pág. 272

Bering y del canal de la Mancha, convertidos en verdaderos istmos de gran importancia biogeográfica, pues --según Villé (***) y la mayoría de los biólogos y paleontólogos modernos-- a través de ellos fue posible la dispersión de la flora y fauna pleistocénicas.

En efecto, la vida del pleistoceno se extendía como en una misma región por toda Eurasia y América del Norte, gracias a la existencia de dicho paso al este de Alaska. Toda esta región se considera hoy como un solo reino biogeográfico: el holártico, debido, en mucho, al comportamiento de las especies pleistocénicas. Las especies actuales derivaron de éstas más primitivas, siguiendo posteriormente diversas líneas de evolución. Muchas de esas especies, sin embargo, se extinguieron al finalizar el pleistoceno por no haber logrado la adaptación a los cambios que sobrevenían, o bien, por acción del hombre.

El holoceno o período reciente.-

Se inicia al haberse consumado casi por completo el último de los grandes encogimientos glaciales, hace unos 15 000 años. Este período se caracteriza por fluctuaciones climáticas, de las cuales --según Martínez del Río (***)--

(**) Villé, C. Biología. Sexta edición. Interamericana. México, 1974., pág.680.

(***) Martínez del Río, P., op. cit., pág. 86.

las más importantes fueron:

1) un optimum climático --caluroso y seco-- al originarse este período, que se prolongó miles de años

2) un retroceso hacia las condiciones glaciales --o pequeña edad del hielo-- pero en mucho menor escala y de muy poca duración

3) otra mejoría en tiempos posteriores a Cristo

4) una serie de pequeñas fluctuaciones que se han sucedido hasta la fecha --por ejemplo, se tiene conocimiento de importantes cambios térmicos que se manifestaron en Groenlandia, Islandia y tierras circunvecinas, de la segunda mitad del siglo VIII a los inicios del siglo XVI, y que determinaron la expansión y migraciones de los normandos. Este tipo de fluctuaciones ha sido bien estudiado mediante el análisis de polen remanente en ambos continentes --así como por otros métodos--, el cual revela los cambios ocurridos en la vegetación.

Durante este período el nivel de las aguas marinas adopta su posición actual, la mayoría de los lagos formados desaparece y cesan las lluvias persistentes y abundantes. El proceso de extinción de la fauna y flora pleistocénicas se acentúa, aunque se tienen pruebas de que varias especies persistieron hasta muy entrado este período --en épocas bastante cercanas-- en Suramérica. Estas especies animales fue-

ron, entre otras, proboscidios, équidos y milodontes; y su sobrevivencia se debió quizá --como propone Martínez del Río (*)-- en gran parte, a la escasa población humana de entonces. En general, el aspecto y las condiciones de la Naturaleza eran ya como lo son ahora.

(*) Martínez del Río, P., op. cit., pp. 80, 86 y 88.

CAPITULO IV

LA COMPOSICION DE LA POBLACION PRECOLOMBINA DE AMERICA.

Algunas consideraciones

La gran variabilidad somática del indígena americano nos revela su compleja genealogía. Las vastas tierras del nuevo continente no pudieron haber sido pobladas por un sólo contingente humano, originario de un habitat bien localizado y restringido.

El fenómeno migratorio es algo inherente a la vida del hombre, iniciado en alguna etapa de su historia y nunca más desaparecido. El trasladarse de un lugar a otro ha sido práctica siempre presente en el proceso de la evolución humana y, aunque respondiendo a diferentes móviles --que van de la aventura a la conquista y del viaje a la colonización definitiva y a la expansión de los dominios--, es y ha sido la dinámica que ha impulsado la conformación y evolución de los pueblos. No es pues ilusorio pensar que múltiples "descubrimientos" y numerosos establecimientos humanos pudieran haber tenido lugar en América antes que la navegación colonial de los imperios europeos de fines del medioevo revelara la existencia de este continente, desconocido hasta entonces para la civilización occidental. Basta echar un vistazo a todas las clasificaciones antropológicas que se han hecho de la población americana de la antigüedad, para darse cuenta de que el origen de ésta debe buscarse en el concierto de numerosas aportaciones genéticas, provenientes de distintos luga-

res y en distintas épocas. Entre los pueblos de la antigua Eurasiáfrica y de Oceanía se encuentran las semillas. Lo que resta saber es cuáles fueron esos pueblos y cómo se llevó a cabo la caracterización del hombre americano.

El enigma de la identidad de la cepa americana no es nada nuevo. Como ya se ha dicho, comenzó al descubrirse que esas tierras, ajenas hasta entonces para el ecúmene del hombre occidental de aquellos días, no estaban despobladas.

Sería imposible compendiar aquí la reseña de todos los supuestos y teorías que se han escrito sobre el particular. Prolijo resultaría pretender siquiera detallar los más importantes, por lo que únicamente se procederá a hacer un análisis objetivo de los posibles acóptecimientos y la manera como se sucedieron uno al otro, considerando las opiniones más congruentes de los autores consultados.

En principio, es interesante reparar en el hecho de que siempre se ha contemplado al hombre americano como un advenedizo. Esto es, pocos autores han concedido una posible autoctonía al menos a las más esenciales raíces de este conglomerado humano. Este apriorístico juicio respecto de su origen aparece desde los primeros textos que hay en torno al tema, y seguramente tiene su explicación en los esquemas del pensamiento europeo de ese entonces, en cuyo contenido no era posible admitir una pieza que contraviniera los dogmas ya establecidos sobre el ori-

gen de la especie humana y su propagación. Lo asombroso es comprobar que, pese a las revoluciones que sufriera el pensamiento en épocas posteriores, esta tendencia prevalecía. Fue hasta hace muy pocos años cuando surgieron las primeras ideas de un origen vernáculo para el hombre americano, las cuales han sido sostenidas desde entonces por no pocos investigadores, entre los que se cuentan a tan distinguidos antropólogos como Saint Vincent, Hervé, Haeckel, Meigs, Ameghino y Hovelacque; paradójicamente, europeos en su mayoría. Estos autores pueden clasificarse en dos grupos: 1) hologenistas, o aquellos que consideran a la humanidad surgida simultánea o sucesivamente en diferentes partes del planeta ; y 2) monogenistas, o aquellos que pretenden que de América debió esparcirse la especie humana hacia todos los rincones del emplazamiento terrestre. Gracias a estos tenaces investigadores, que trataron a toda costa de probar sus hipótesis con el material arqueológico correspondiente, fue posible determinar la total ausencia de restos humanos primordiales, que pudieran probar el origen doméstico del hombre americano. De esta manera, la investigación científica vino a justificar la tan explotada búsqueda exterior de las raíces americanas, que durante mucho tiempo tuvo carácter intencional.

Si se hace una somera revisión de las ideas americanistas a través del tiempo, se podrá observar que la literatura ocupada de este problema está escrita, las más veces, desde Eu-

ropa, con absoluto desconocimiento de causa y de acuerdo a los encasillamientos convencionales del pensamiento. Otras, aunque gozando de mayor contacto con la realidad --pero siempre conservadoramente-- procuraban encontrar una explicación "adecuada" a cada aspecto. En consecuencia, tenemos que las primeras teorías, y predominantes durante mucho tiempo, fueron las de carácter bíblico, es decir, aquellas que se basaban en las Sagradas Escrituras. Así, tenemos a nuestro hombre emparentado con los antiguos judíos, considerándosele como sucesor de una de las diez tribus septentrionales de Israel que desaparecen de la historia al sufrir este pueblo la dominación asiria, en 721 a.C. (*). También se llegó a identificar a los indígenas americanos como descendientes de Sem (**)--uno de los tres hijos de Noé que tenían la misión de poblar el mundo-- y hasta como vástagos de Ophis y Jobal --tataranietos de Noé-- , a quienes se atribuía el haber poblado parte del continente americano (***). Incluso se llegó a reconocer cierto lugar de Suramérica como el país de Ophir (****).

Además del proemitismo bíblico, con el tiempo se le fueron imputando al indígena americano muchos otros extravagantes lazos consanguíneos con casi todos --europeos aparte, por

(*) Rivet, P., op. cit., pág. 12.

(**) Ibidem.

(***) Ibidem.

(****) Ibidem.

supuesto-- , los pueblos de la Tierra: fenicios, cananeos, carios, tártaros, mongoles, chinos, japoneses, etiípicos, etc.; considerándolos protagonistas de no muy claras proezas o arribos fincados en la casualidad (*). Semejante cosmopolitismo, aunque sofisticado, resulta nada extraño si se comprende el intento humano, a través del tiempo, por explicarse las cosas.

Este fue, en síntesis, el curso que tomó el americanismo en el pasado. Comienza después la era del ardor científico y los valores del pensamiento no se pliegan más a las tradicionales concepciones del mundo y de la vida. Las cosas tienen que ser debidamente comprobadas, pues todo aquello que no cuente con un testimonio palpable carecerá de validez y será tomado por superchería o charlatanería.

Este flamante positivismo, impreso en las mentes de todos los investigadores, desencadenó una nueva era de investigación objetiva haciendo germinar a la arqueología americana, principal instrumento de estudio del americanismo contemporáneo.

Es necesario, como última observación, hacer ciertas aclaraciones en cuanto a las rutas o vías de acceso al continente que pudieran haber tomado los antiguos inmigrantes.

Resulta frecuente encontrarse, al revisar una teoría an-

(*) Rivet, P., op. cit., pp. 11-17.

siosa de veracidad, con la presupuesta existencia de fantásticas tierras que hubieren servido como senderos intercontinentales a los hombres en su oficio de migrantes. Tal es el caso de la mítica Atlántida, cuya existencia fue sugerida por Platón y ha sido socorridamente resucitada en apoyo de tantas tesis. Haya existido tal continente o no, lo importante es saber que no se necesitó de su presencia. Las condiciones bajo las cuales deben ser concebidas cualesquiera acciones en favor del poblamiento de América, quedaron suficientemente expuestas en el capítulo anterior. Pues bien, resulta tan fácil explicar dicho poblamiento contando con los elementos disponibles, que no hay necesidad de alterar la realidad con artificios de ninguna especie. Es un error insistir en la necesidad de puentes terrestres para explicar el tránsito de un continente a otro, soslayando la aptitud, tan natural en el hombre, de transportarse por agua. Como ya dijera Rivet: "las vías de dispersión de la humanidad primitiva, que los etnólogos han tendido a buscar a través de los continentes, han sido muchas veces las vías fluviales y marítimas" (*). Así pues, es conveniente recordar que fueron dos las únicas vías de acceso que el hombre prehistórico pudo utilizar en su camino hacia América: 1) el istmo de Bering, único puente de tierra disponible en ese tiempo ; y 2) la navegación, ya sea transoceánica,

(*) Rivet, P. Selected papers of the XXIX th International Congress of Americanists, New York, 1949., t.II. Chicago, 1952., pág. 16.

litoral o interinsular, dependiendo del caso.

Hechas estas breves consideraciones procederemos a estudiar la conformación de la estirpe americana.

La dotación genética del indígena americano.

Dentro del polimorfismo de los grupos americanos pueden distinguirse diversos elementos raciales que, en diferente medida y en épocas distintas, pasaron a formar parte de su composición. Aunque los especialistas distan mucho de ponerse de acuerdo, la mayoría coincide en que pueden distinguirse dos grandes grupos osteo-estructurales: uno dolicocefalo y otro braquicefalo, con sus respectivas subdivisiones. El primero de ellos, en general --como puede apreciarse en la clasificación de Imbelloni--, parece ser mucho más antiguo que el segundo, pues su distribución actual, evidentemente marginal, constituye un relicto de su habitat inicial. Además, la Arqueología nos dice que los restos óseos más antiguos que se conocen pertenecen a hombres con esta característica craneana. El elemento braquicefalo debió llegar más tarde, y, según algunos autores, a él puede atribuirse el desarrollo cultural de los pueblos americanos (*).

Tratando de simplificar un poco, y haciendo converger las muy diversas opiniones de una serie de autores, diremos que el elemento dolicocefalo ha sido relacionado con los siguientes

(*) Dixon, R.B. The Racial History of Man, New York, 1923.,
Pág. 583.

contingentes humanos del Viejo Mundo: a) pobladores asiáticos muy antiguos, b) australoides, c) melanesios, d) caucasoideos y e) negroides africanos. Por su parte, el segundo de los dos elementos, braquicéfalo, es representativo de un contingente mongoloide.

Por supuesto, estas designaciones raciales no están basadas únicamente en las características estructurales del cráneo: otros rasgos, tanto somáticos como étnicos, son tomados en consideración al establecer lazos de parentesco. Es importante advertir, además, que toda interpretación de estas cuestiones no debe tomarse como hecho absoluto, ya que cada una encierra más de una posibilidad, y tratar de escoger sólo una para destacarla como verdad exclusiva, resultaría poco acertado. Es un hecho que la diversidad de caracteres venía ya impresa en cada uno de los contingentes humanos desde el momento de su entrada al continente.

Pues bien, al menos en teoría, parece que fueron seis los elementos que dieron como resultado los tipos americanos que ahora pueden distinguirse. Procederemos al estudio por separado de cada uno de estos elementos, analizando los rasgos antropométricos, étnicos y lingüísticos con que los diferentes autores los reconocen y comprueban su presencia.

El contingente paleoasiático.

Es reconocido por aquellos autores que consideran que el

poblamiento de América debe contemplarse exclusivamente por la vía de Bering. Para explicar la presencia de dolicocefalia en las poblaciones americanas, estos autores arguyen que la caracterización mongoloide es relativamente reciente, y que los primeros inmigrantes provenientes de Asia tenían rasgos muy distintos a los que ahora definen racialmente a la población asiática.

Su principal sustentante es Hrdlicka, quien se basa en la teoría ya conocida del "prototipo americano" (*). Hrdlicka reconoce a este contingente en todos los grupos dolicoideos esparcidos por América del Norte y uniformemente distribuidos en una faja territorial que va desde Venezuela hasta la Tierra del Fuego.

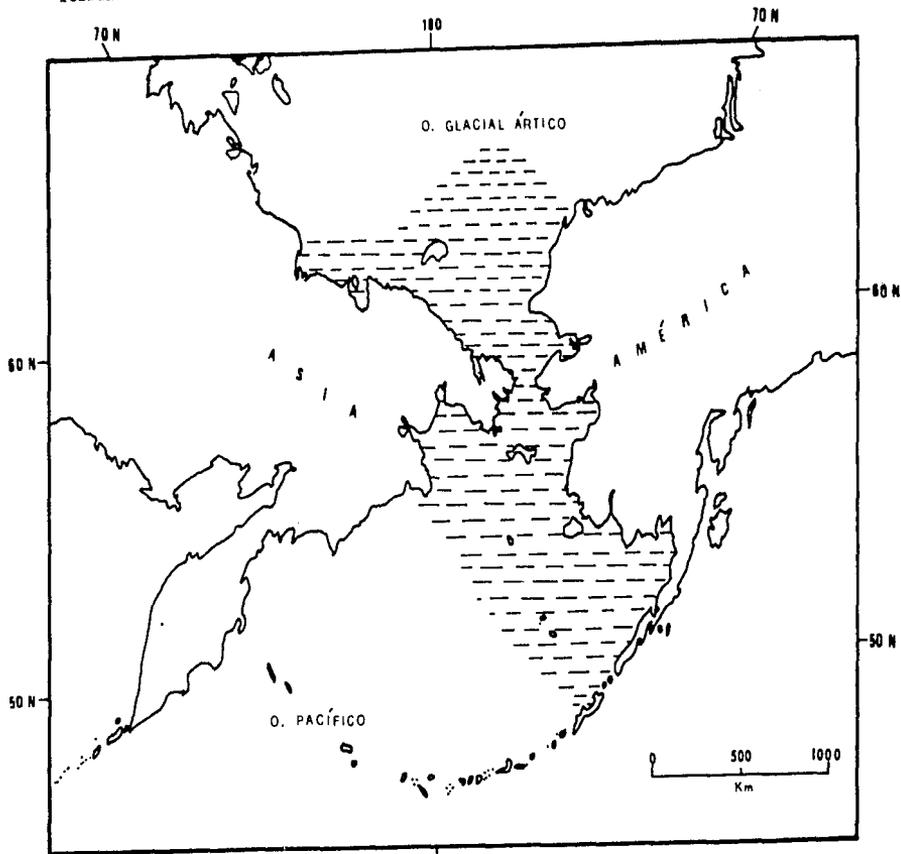
Martínez del Río, partidario también de la teoría del origen asiático de los pueblos americanos, dice que la aportación a América de los dos distintos elementos osteo-estructurales coincide muy bien con el proceso de caracterización mongoloide de los pueblos asiáticos, y que la presencia asiática es la única probable por ser ahí --en las tierras boreales de Asia y América-- donde existe continuidad geográfica, étnica y cultural (**); (mapa 4).

Este proceso de demarcación de los rasgos mongoloides en

(*) Hrdlicka, Ales. The Genesis of the American Indian. Proceedings of the nineteenth International Congress of Americanists held at Washington, Dec. 27-31, Washington, 1917., pp., 559-568.

(**) Martínez del Río, P., op. cit., pág. 416.

MAPA No. 4. Estrecho de Bering.
La parte punteada representa el área que emergió de las aguas durante el pleistoceno,
formando así el istmo aludido. (Según Bosch Gimpera)



fuentes: Bosch G. (1975)

180

dibujó: Iles

los pueblos asiáticos puede compararse con la despigmentación que sufrieron los europeoides en su desplazamiento hacia tierras más septentrionales, ya mencionada en otros capítulos.

El contingente mongoloide.

Indudablemente es el de mayor importancia dentro de la composición racial del indígena americano. Su presencia es evidente en casi todas las poblaciones, siendo precisamente los caracteres somáticos mongoloides los que producen ese "aire de familia" que permitiría relacionar a los tipos humanos de América entre sí. Su arribo debió verificarse sin duda por la vía más accesible desde el punto de vista geográfico: el estrecho de Bering, donde ambos continentes se aproximan y los trechos marinos son lo bastante cortos como para facilitar aún más esa continuidad étnica señalada por Martínez del Río y otros autores. La prueba más representativa de dicha continuidad la constituyen los esquimales, cuyo origen asiático y su constante comunicación con los pueblos subárticos de Asia a través del tiempo, son hechos inconcusos .

Sin embargo, las afinidades culturales son difíciles de rastrear, pues hay que tener en cuenta que el substrato asiático de donde partieron los antiguos migrantes hacia América ha terminado, a través de varios siglos de vinculación, por asimilarse a las altas civilizaciones del resto del continente. Hoy

día es posible reconocer ciertas afinidades solamente entre los pueblos subárticos de ambos continentes, pues hasta los llamados pueblos paleosiberianos, en cierto aislamiento, han tenido --como afirma Kroeber (*)-- una evolución distinta a la de los pueblos americanos.

En el terreno de la Lingüística, Sapir y Shafer han logrado establecer parentesco entre los grupos na-dené y sino-tibetano (**). Dumézil, por su parte, ha reconocido ciertas similitudes que presentan los nombres numerales y ciertos elementos morfológicos y léxicos entre el quechua y el turco (***).

El contingente australoide.

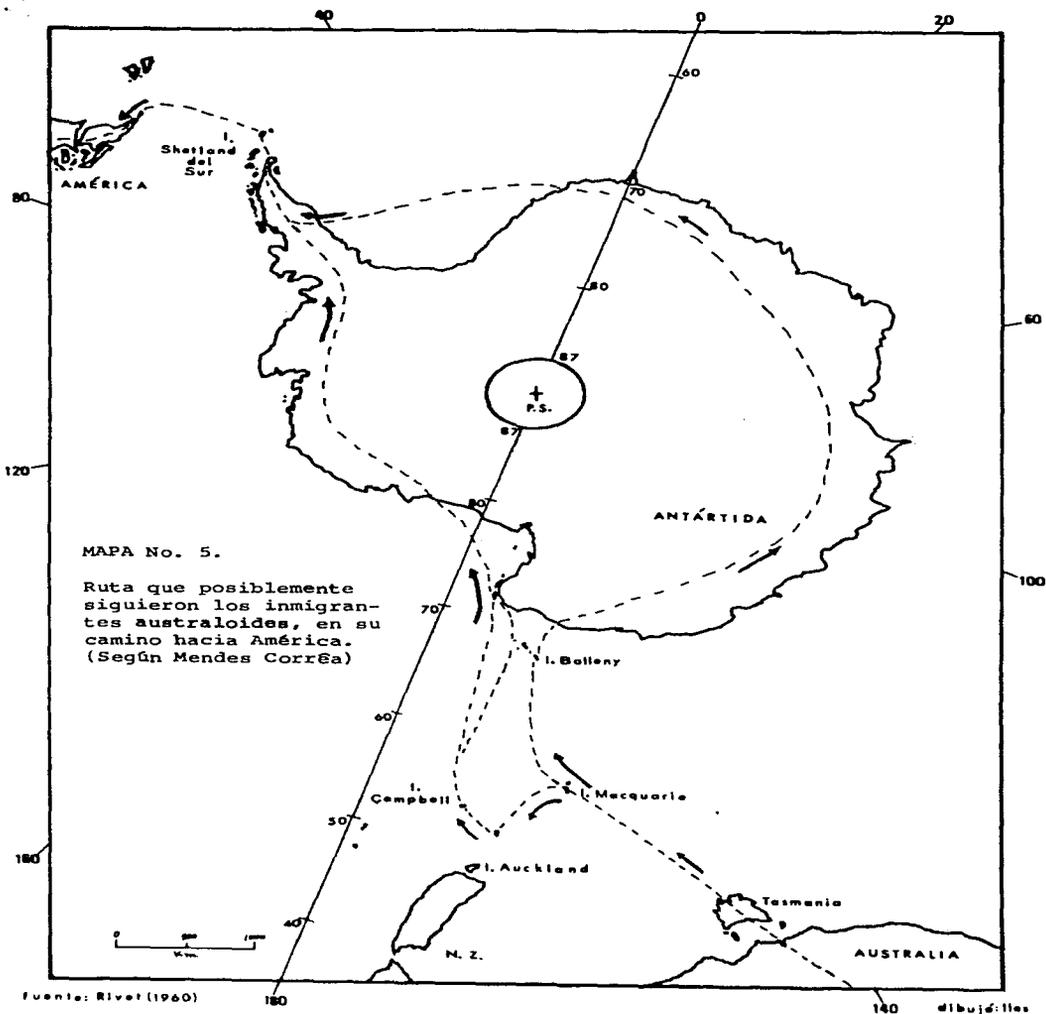
Ha sido propuesto e identificado por Rivet en las tribus más meridionales de América del Sur, aunque otros autores, como Imbelloni y Dixon los reconocen en todos aquellos grupos dolicoideos esparcidos por el ámbito continental.

-
- (*) Kroeber, A. The tribes of the Pacific Coast of North America. Proceedings of the nineteenth International Congress of Americanists held at Washington, Dec. 27-31 1915. Washington, 1917., pp. 385-401.
- (**) Sapir, E. The Similarity of Chinese and Indian Languages. Science, New York New Series, LXII (1607): XII, Supplement. Oct. 1925.
- Shafer, R. Athapaskan and Sino-Tibetan. International Journal of American Linguistics. Baltimore, XVIII: 12-19, 1952.
- (***) Dumézil, G. Remarques Complémentaires sur les six premiers noms de nombres du Turc et du Quechua. Journal de la Société des Américanistes. Paris, nouv. série, XLIV : 17-37, 1955.

Para Rivet, la vía que estos inmigrantes debieron utilizar fue la antártica, propuesta por Mendes Corrêa con anterioridad(*) Según esta teoría el pueblo australiano, de navegación mediocre --como Rivet mismo lo define--, pudo haber aprovechado las islas que emergen entre la Antártida y Australia, así como las del archipiélago fueguino. Esto está condicionado por la posibilidad de vida que, en esas regiones, se presentara hace unos 6 000 años, época en que, según el autor, debió haberse efectuado dicha corriente migratoria (mapa 5).

Lo que hizo pensar a Rivet en esa ruta fue la serie de semejanzas que existe entre los pueblos fueguinos y patagones y los australianos. Entre las que él destaca están las óseas --donde encuentra grandes relaciones--, las séricas --arguyendo que entre los pueblos australianos al igual que en los indígenas, se detecta una franca predominancia del grupo O sanguíneo-- y las étnico-culturales, como la ignorancia de la cerámica y la hama-ca, el uso de mantas de piel, las chozas en forma de columna, la práctica de trenzado en espiral y el empleo de barcas confeccionadas con pedazos de corteza entrelazados. En el terreno de la Lingüística el autor utiliza la similitud que existe entre cier-

(*) Mendes Corrêa, A.A. O Significado genealógico do "Australopithecus" e do crânio de Tabaigha e o arco antropofilético indico. Trabalhos da Sociedade portuguesa de antropologia et etnologia. Porto, II (3), 1925.



tas palabras del grupo con y otras de numerosas lenguas australianas --que designan partes del cuerpo y hechos naturales-- para confirmar el parentesco (*).

Tanto las pruebas lingüísticas como la suposición de la ruta utilizada por este contingente, han sido fuertemente atacadas por autores tan eminentes como Swadesh (**) y Davidson (***) ; pero, como suele suceder, existen puntos que escapan a la crítica por necesitar de más investigación.

Por su parte, Imbelloni y Dixon explican la presencia de este elemento en América con el arribo por Bering de un contingente más bien primitivo, es decir, un "protoaustralóide" que debió encontrarse en épocas muy remotas en algún lugar del sur de Asia, emigrando posteriormente en ambos sentidos y colonizando tanto las tierras australes del Pacífico como el continente americano por la vía norte. Imbelloni, como ya se ha visto, lo detecta en todo el territorio americano, identificándolo con el tipo de Lagoa Santa o "paleoamericano" (****). Dixon lo encuentra presente en las más antiguas morfologías dolícoides del continente (*****).

- (*) Rivet, P. Les Australiens en Amérique. Bulletin de la Société de linguistique de Paris, Paris, XXVI: 23-63, 1925.
- (**) Swadesh, M., op. cit., pp. 537-539.
- (***) Davidson, D.S. The Question of Relationship between Cultures of Australia and Tierra del Fuego. American Anthropologist, NS XXXIX (2): 229-243, Abril-Junio de 1937.
- (****) Imbelloni, J., op. cit., pág. 234.
- (*****) Dixon, R. B., op. cit., pág. 44.

Esta teoría presupone una antigüedad mucho mayor que la usualmente atribuida al hombre americano. Sin embargo, Martínez del Río llega a aceptarla como solución a ciertas semejanzas innegables (*).

Finalmente, la antropología soviética, para explicar la identidad de los años de la isla Sajalín, dice que se trata de un grupo originado por migraciones australoides --no tan antiguas-- que llegaron hasta esas latitudes en un avance a modo de expansión, adquiriendo nuevos rasgos por contacto con los pueblos mongoloides del sureste y el este de Asia (**). Este supuesto podría hacernos pensar en una infiltración a través de Bering de este grupo australoide, si es que no se detuvo en el archipiélago japonés.

El contingente melanésico.

Su presencia en América es reconocida y sostenida por Rivet, quien lo relaciona con el tipo de Lagôa Santa o "paleoamericano" (***). Según el autor, este tipo antiguo de América se halla emparentado por todos sus caracteres con el hipsidolicocéfa-

(*) Martínez del Río, P., op. cit., pág. 297.

(**) Nésturj. M., op. cit., pág. 99.

(***) Rivet, Paul. La race de Lagôa Santa chez les populations précolombiennes de l'Equateur. Bulletins et Memoires de la Societé d'Anthropologie de Paris. Paris, 5^{ème} série, IX: 209-268, 1908.

lo o dolicoacrocefalo de Biasutti y Mochi, dominante en Melanesia (*); y debió penetrar al continente por la vía del Pacífico, en "oleadas sucesivas", tal vez desde distintos puntos de Oceanía. Esto no resulta difícil --como dice Rivet-- si se considera que se trata de un pueblo que "había cumplido la extraordinaria proeza de descubrir la mayoría de las islas del Pacífico"(**).

Como argumentos, Rivet recurre al análisis sérico de nuevo, señalando que los pueblos oceánicos presentan una proporción superior al 45 % del grupo O como promedio. Para explicar por qué entre los indígenas este porcentaje es mucho más alto, alude al trabajo de Lahovary, quien determina al aislamiento y la consanguinidad obligada del indígena americano como responsables de este porcentaje mayor (***). El factor Rhesus es otro punto que puede utilizarse como prueba, ya que tanto los indígenas americanos como los habitantes oceánicos y asiáticos en general guardan una proporción de RH⁺ de casi al 100 %, a diferencia de las demás razas, donde esta proporción es más baja. Rivet considera esto como una prueba de que ambos pueblos del Viejo Mundo tomaron parte

(*) Rivet, P., op. cit., pág. 115. (1960).

(**) Ibidem, pág. 132.

(***) Lahovary, N. Nouvelles Considérations sur la valeur du groupe O pour les déterminations ethniques; O groupe d'aboutissement? Bulletin der Schwizerischen Gesellschaft für Anthropologie und Ethnologie, 1950-1951. Berna, 1951., pp. 39-48.

en el poblamiento de América(*) .

Los hechos etnográficos que apoyan a esta teoría cuentan elementos importantes, como la presencia de algunos objetos y manifestaciones culturales, a saber: la flauta de pan, algunos juegos, la masticación de tubérculos para elaborar bebidas alcohólicas, la cerbatana, el empleo de dardos envenenados, la canoa con remo en forma de muleta, la canoa con balancín, la decoración de la proa de las embarcaciones con dibujos de ojos, la piragua doble, la práctica de algunas mutilaciones, las casas arbóreas, los puentes colgantes confeccionados con lianas, y muchos otros; detalladamente enumerados y localizados por Nordenskjöld (**). Aunque muchos de estos elementos han sido muy discutidos y atribuidos a casos de paralelismo o convergencia culturales, hay algunos que escapan a la crítica más severa y que requieren de mayor abundamiento en cuanto a investigación, pues no pueden ser concebidos como provenientes por Bering, debido a su carácter netamente tropical (***) .

En la arqueología de las altas culturas americanas --Monte Albán y la Venta en México, Monte Alto en Guatemala y San Agustín en Colombia-- abundan representaciones humanas con carac-

(*) Rivet, P., op. cit., pág. 120. (1960).

(**) Nordenskjöld, Erland. Origin of the Indian Civilizations in South America. The American Aborigines, Toronto, 1933., pp.276-279.

(***) Martínez del Río, P., op.cit., pág. 387.

teres negroides que, según Rivet, podrían deberse a la presencia melanésica (*).

En cuanto a la Lingüística, Rivet trata de demostrar parentesco entre el grupo hoka y el malayo-polinésico, utilizando una lista de 281 radicales americanos idénticos a otros pertenecientes a las lenguas oceánicas. Además, menciona ciertas similitudes entre los nombres numerales en el melanesio y algunas lenguas del grupo hoka. Dice el autor que los mismos términos con que se designan en hoka la nave, el remo, la canoa y el mar; tienen su correspondencia exacta en oceánico, así como el radical que en oceánico sirve para nombrar la isla y el peñasco, en hoka designa la tierra (**). Estas semejanzas son altamente significativas.

Finalmente, la Patología comparada contribuye a reafirmar la validez de esta tesis, revelando que varias enfermedades padecidas en Oceanía se encontraban en América antes de la llegada de los europeos. Olympio da Fonseca determinó que ciertos indios de Matto Grosso padecían una enfermedad de la piel idéntica a la de ciertas poblaciones de Oceanía y Asia (***) .

(*) Rivet, P., op. cit., pág. 135. (1960).

(**) Rivet, P., op. cit., pág. 133. (1960).

(***) Fonseca, Olympio da. Afinidades parasitológicas e clinicas entre o tokelau da Asia e da Oceania o e chimbere dos indígenas de Matto Grosso. Revista medico-cirurgica do Brasil. Rio de Janeiro, XXVIII (8): 281-307, Agosto de 1930.

Fred L. Soper, estudiando la distribución de la anquilostomiasis en el mundo, descubrió que esta enfermedad tiene una alta incidencia en Indonesia y Polinesia, al igual que en aquellas tribus americanas aisladas de todo contacto europeo, y propone su introducción al continente americano a través de migraciones oceánicas en la época prehispánica (*).

Charles Nicolle ha comprobado que el tifo exantemático de México y Guatemala es idéntico al oceánico. Este tifo es natural de la rata, la cual lo transmite al hombre. El tifo europeo, en cambio, es esencialmente humano y se transmite por medio del piojo. Este último tipo ha ocupado siempre la casi totalidad del Viejo Mundo, excepto Malasia, Australia y algunas regiones orientales y meridionales de Asia, las cuales, junto con América, constituyen el mapa de distribución del tifo americano. Esto da idea --dice Nicolle-- de su vía de dispersión, pues es difícil imaginar a la rata "atravesando regiones glaciales, desérticas, en pos de bandas humanas diseminadas y sin provisiones" (**). Además, no se

(*) Soper, Fred L. The report of a nearly pure Anchlyostoma duodenale, infestation in native South American Indians and a discussion of its ethnological significance. The American Journal of Hygiene. Baltimore, VII : 174-184, 1927.

(**) Nicolle, Charles. Un argument d'ordre médical en faveur de l'opinion de Paul Rivet sur l'origine océanienne de certains tribus indiennes du Nouveau Monde. Journal de la Société des Américanistes. Paris, nouv. séries, XXIV : 225-229, 1932.

han encontrado huellas de la presencia de esta enfermedad en Alaska, etapa obligatoria del arribo por Bering.

El contingente caucasoides.

No se tratará aquí de los numerosos arribos temporales, casuales o voluntarios que, dentro de la navegación europea, ocurrieron a lo largo del tiempo precolombino; pues aunque muchos de ellos se conocen con certeza --tal es el caso de los normandos--, carecen de importancia, ya que no tuvieron participación alguna en la conformación de la estirpe y cultura americanas.

Por largo tiempo se ha hablado de los rasgos europeoides que pueden reconocerse en ciertas tribus indígenas del Nuevo Mundo. Por ejemplo, Cottevieille-Giraudet reconoce una verdadera identidad somática entre los "pieles rojas" de Norteamérica y el tipo de Cro-Magnon del paleolítico superior europeo (*). Los trabajos de otros antropólogos como Deniker, Hamy y Quatrefages, habían señalado ya relaciones similares con los cherokees (**).

Según Cottevieille-Giraudet, la inmigración de este contingente pudo haberse realizado por navegación primitiva interin-

- (*) Cottevieille-Giraudet, R. Les races et le peuplement du Nouveau Monde. Comment l'Europe y a participé. III Sessions de l'Institut International d'Anthropologie, Paris, 1928., pp. 268-273.
- (**) Comas, J. Hipótesis trasatlánticas sobre el poblamiento de América. Caucasoides y negroides. Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM. México, 1972, pág. 6.

sular, aprovechando la cadena de tierras desde Escocia hasta la península del Labrador, formada por las Hébridas, Orcadas, Shetland, Feroes, Islandia, Groenlandia y Baffin (*). Para visualizar mejor esta posibilidad, se construyó el mapa 6.

Dixon y Hooton consideran a este contingente como parte del elemento dolicocefalo que pobló América en los tiempos más remotos --mediterráneos, caspienses y armenoides muy antiguos--, sucediendo a la migración protoaustralóide (**).

Comas, aunque con actitud reservada, alude a los descubrimientos de carácter biológico de Osman Hill (***), quien en 1958 tuvo oportunidad de hacer la disección completa de un indio cherokee de 67 años de edad, revisando: sistemas piloso y muscular, aparatos digestivo y circulatorio, glándulas de secreción interna y sistema nervioso; anatomía del cerebro y nervios periféricos y haciendo la somatometría. Osman Hill encontró que se trataba de un indio sin ningún carácter mongolóide y casi todos caucasoídes (****). Se trata de un experimento poco común en el

(*) Cottevieille-Giraudet, R., op. cit.

(**) Dixon, R., op. cit.

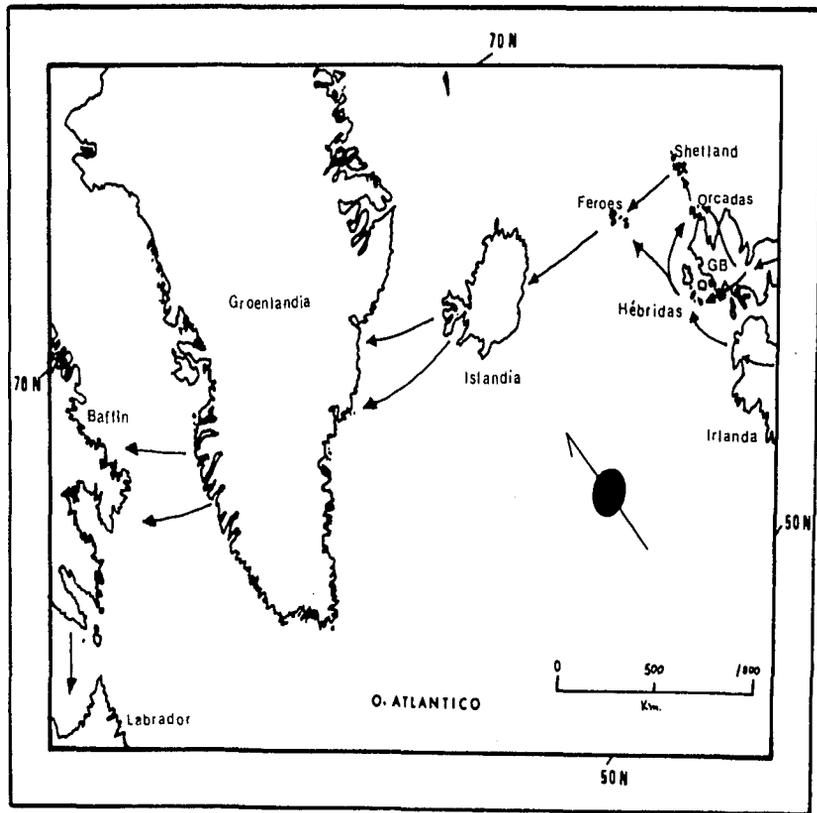
Hooton, E.A., Up from the Ape. New York, 1937., pp. 568-569.
Racial Types in America and Their relations to Old World Types. The American Aborigines. Toronto, 1933., pp. 156-162.

(***) Hill, W. Osman. The soft anatomy of a north american Indian. American Journal of Physical Anthropology.

N.S. XXI: 245-269. 1963.

(****) Ibidem.

MAPA No.6. Ruta que posiblemente siguieron los inmigrantes caucasoides en su camino hacia América. (De acuerdo a la teoría de Cottevieille-Giraudet)



que se tiene la oportunidad de analizar las partes blandas del cuerpo, y no los huesos, únicos componentes con que se cuenta la mayoría de las veces.

La antropología soviética, representada por Nésturj, acepta "cierta afinidad con el tipo europeoide" por parte del indígena americano, hecho que, según el autor, "acusa un carácter de transición" en este último (*). Más adelante, en el mismo libro, aclara que esta peculiaridad se debe a que en la época en que tuvieron lugar las primeras migraciones asiáticas hacia América, "la raza inicial protomongoloide no tenía aún formados los caracteres propios de la mayoría de sus representantes contemporáneos en el continente asiático" (**).

En cuanto a los hechos étnico-culturales, Greenman establece ciertas analogías entre tribus indígenas del Este de Estados Unidos y los hombres del paleolítico superior del suroeste europeo (***).

Rivet hace mención a las múltiples pruebas que existen en los documentos arquitectónicos y artísticos de las grandes civilizaciones de Mesoamérica y el Perú, donde se representan hombres con caracteres caucasoides. Como ejemplos cita al dios maya de It-

(*) Nésturj. M., op. cit., pág. 33.

(**) Ibidem, pág. 104.

(***) Greenman, Emerson F. The North Atlantic and early man in the New World. Michigan Archaeologist, 6 : 19-39, 1960.

zamná, el Templo de los Guerreros en Chichén Itzá --donde hay un fresco que ilustra una lucha entre guerreros llegados por mar (barbados, de piel blanca y cabellos rubios) y nativos--; y otros (*). Ejemplos como estos son de sobra conocidos en numerosas ciudades mayas y aztecas. Además, parece que entre los habitantes del lago Titicaca y otros pueblos del Perú, se tenía conocimiento del hombre blanco mucho antes de la Conquista.

Rivet advierte que el origen de este elemento étnico ha de buscarse en Asia, debiéndose a la presencia en ese continente de un nuncio muy antiguo de la raza caucasoide (**). Esto es altamente probable, ya que la arqueología asiática aportó recientemente el hallazgo, en la cueva de Choukoutien, cerca de Pekín, de varios cráneos al parecer pertenecientes a una familia, entre los que pueden delinearse varios tipos étnicos; uno de ellos perteneciente, precisamente, a la raza Cro-Magnon.

Martínez del Río, haciendo también referencia a estos hallazgos, establece que tal variabilidad estructural, contenida entre los miembros de una misma familia localizada desde tiempos muy lejanos en Asia --o sea, en el gran depósito demográfico de donde debieron surgir tantos pobladores, no sólo de América, sino del mundo--, demuestra "hasta qué punto pudieron ya hallarse diversi-

(*) Rivet, P., op. cit., pág. 143 (1960).

(**) Ibidem, pág. 144.

ficados interiormente muchos de los grupos migratorios a las Américas, antes de que entraran a ellas" (*).

La verdad es que la participación de un contingente caucasoide en el poblamiento de América sigue siendo un verdadero enigma, pues nada ha sido debidamente probado o refutado.

El contingente negroide-africano.

A pesar de que su presencia en América no pasa de ser sólo suposiciones, algunos autores creen reconocerlo en las múltiples representaciones humanas de las elevadas culturas de Mesoamérica y la región andina. Las cabezas colosales de la cultura olmeca son un ejemplo de esto.

Dixon y Hooton explican la presencia de este elemento en América como proveniente entre las importaciones iniciales de dolocéfalos (**).

Existen además, ciertos testimonios históricos que parecen comprobar la presencia negroide de América. Comas, en plena revisión de este problema, cita y analiza sagazmente algunos ejemplos históricos, como los textos de Pedro Mártir de Anglería, Antonio Herrera, López de Gomara, Bartolomé de las Casas y otros; que relatan encuentros de los expedicionarios españoles con negros americanos, en el momento de la Conquista. Sin embargo, la

(*) Martínez del Río, P., op. cit., pág. 291.

(**) Dixon, R., op. cit.
Hooton, E.A. op. cit.

poca claridad y coincidencia entre estos textos hace pensar a Comas en su escasa confiabilidad. Como el autor dice: "no es posible aceptar que la simple apreciación cualitativa de pigmentación más o menos obscura sirva de justificante para considerar a un grupo humano como perteneciente al stock negro africano" (*).

Los testimonios osteológicos sugeridos por Dixon y Hooton, por otra parte, han sido objeto de exageración y de errónea interpretación por parte de algunos autores, pues ambos investigadores conciben este elemento como "pseudonegroide" o "protonegroide", subyacente entre los primeros dolicocefalos, y cuya herencia puede distinguirse en poblaciones actuales, generando semejanzas entre ciertos grupos americanos y algunos pueblos africanos. (**).

En cuanto a los testimonios de tipo arqueológico, arriba mencionados, Comas hace una interesante crítica a la costumbre de los arqueólogos por atribuir un carácter racial negro a ciertas piezas esculturales o arquitectónicas dentro de las culturas indígenas, por el solo hecho de que "existen o se interpretan como existentes uno o dos rasgos de los considerados como peculiares del tipo racial negro, sobre todo nariz aplastada y labios

(*) Comas, J., Op. cit., pág. 13 (1972).

(**) Ibidem, pp. 13-16.

gruesos". En otro párrafo, Comas comenta que "la abusiva utilización del término --refiriéndose al de 'negroide'-- por algunos arqueólogos se debe quizá a no estar familiarizados con las características biológicas que pueden realmente definir dicho tipo racial" (*). Por último, el autor cita a varios de sus colegas, como Vivante, Aguirre Beltrán, Bernal y Alcina Franch; quienes, sobre el particular, han dado a conocer su veredicto negativo. (**).

Es posible que algún arribo negroide haya tenido lugar en las costas atlánticas de América, aunque seguramente su número no fue tan cuantioso como para dejar una huella más fácilmente reconocible o como para influir en la conformación de la población americana. Sólo la exhaustiva investigación ulterior permitirá arrojar luz sobre este asunto.

La dotación cultural del indígena americano.

Considerando la máxima antigüedad atribuible a los personajes que por vez primera incursionaran en tierras americanas, diremos que éstos debieron ser grupos humanos que se encontraban en una etapa de desarrollo correspondiente al paleolítico superior europeo, al cruzar el istmo de Bering. . Más aún, es posible que estos grupos estuvieran por debajo de ese nivel de de-

(*) Comas, J., op. cit., pp. 22 (1972).

(**) Ibidem, pág. 23.

sarrollo, ya que se trataba de habitantes de zonas periféricas -- esto es, del extremo noroeste de Asia-- y, como se ha visto ya, seguramente fueron pueblos presionados por otros, obligados a emigrar y poco comunicados con las culturas germinales de Asia y Europa. El bagaje cultural del cual estos pueblos eran portadores, consistía en una organización nomádica, constituida por pequeños grupos familiares, con una economía de apropiación --caza, pesca y recolección primitivas. Conocían el fuego, algunas técnicas para fabricar artefactos de piedra y quizá también de hueso y madera. Es probable que emplearan el propulsor de dardos, el arpón, la lanza y porras de diferentes clases, como ha sido propuesto por varios autores. Según Martínez del Río, poseían posiblemente los elementos de una vida espiritual (*).

Estos nuevos pobladores se encontraron con un medio tan ingente y variado como inexplorado y desconocido que les impuso sus condiciones y exigencias. No obstante asumieron su misión de extenderse por una inmensidad de tierras de las más variadas categorías, lo que por fuerza hubo de repercutir en su modo de vida.

Las migraciones que les sucedieron, aunque en épocas posteriores y quizá somáticamente distintas, no debieron diferir mucho en el aspecto cultural, pues continuaban siendo gente necesariamente adaptada a las más rigurosas condiciones naturales,

(*) Martínez del Río, P., op. cit. pág. 359.

como sucede a los pueblos subárticos de hoy.

Tiempo más tarde, según los estudios correspondientes, arribarían migraciones provenientes de Oceanía, de pueblos, aunque más evolucionados, no totalmente desarrollados en comparación con las grandes civilizaciones de la época en el resto del Viejo Mundo. Estos nuevos inmigrantes, al adicionarse biológicamente al caudal demográfico del Nuevo Mundo, hubieron de hacerlo también intelectualmente, aportando ciertos rasgos a la cultura de los pueblos americanos, rasgos que hoy pueden reconocerse en diferentes puntos de toda la extensión continental.

Sin embargo, cuando América fue descubierta por los europeos, puede decirse que el desarrollo de los pueblos nativos no había rabasado, en conjunto, la etapa del neolítico. Según Rivet sólo en las altas tierras de los Andes septentrionales y partes de Mesoamérica se conocían y utilizaban los metales, y su aleación había sido tardíamente practicada, por lo que se encontraban en la cultura del bronce. No se conocían la utilización de la rueda ni el torno alfarero, ni el vidrio, ni ciertos inventos propios de culturas más avanzadas (*). Sin embargo, en muchos otros aspectos, las civilizaciones maya y andina habían alcanzado un grado de desarrollo asombroso. Este contraste desconcierta a muchos científicos, quienes terminan por asociar las culturas de estos pueblos tan bien localizados, con las magnas

(*) Rivet, P., op. cit., pp. 70 - 71 (1960).

civilizaciones egipcia, hindú o china. Los seguidores del difusionismo han implementado una teoría para satisfacer estos problemas, llamada del "complejo heliolítico", la cual concibe como origen a la cultura egipcia, difundida hacia América a través del Asia meridional y el Pacífico (*). Otros autores también difusionistas, como Ekholm, atribuyen a la cultura maya, por ejemplo, una influencia proveniente de China y la India (**). Sin embargo, como ya estableciera Rivet, resulta difícil concebir una influencia en la arquitectura o el arte de las culturas americanas por parte de las altas civilizaciones del Viejo Mundo, prescindiendo de los elementos más esenciales de su desarrollo tecnológico o de sus costumbres. (***). Además no existe referencia alguna a dicho contacto en las tradiciones de esas civilizaciones.

En cuanto a la agricultura, se sabe que el cultivo del maíz primitivo era practicado ya en México y en el sur de los Estados Unidos de América, hacia el año 4 000 a. C., y que en Suramérica -especialmente en el Perú- se cultivaba el frijol desde

-
- (*) Smith E., Malinowski, G. Goldenweiser, A. Culture, the Diffusion Controversy, London, 1920.
 Smith, E. In the Beginning., pp. 106-107.
 Paris, Pierre. L' Amerique Précolombienne et l'Indochine. Bulletin de la Societé des Etudes Indochinoises, N.S . XVIII (2): 35-70, 1942/XVIII(ly2):45-68, 1943.
- (**) Ekholm. G. Transpacific Contacts, in: Prehistoric Man in the New World. William Marsh Rice University. The University -of Chicago Press. Chicago, 1969., pág. 510.
- (***) Rivet, P., op.cit., pp. 71, 139 y 150 (1960).

2 000 años antes (*). Se desconocían el trigo, el arroz, la cebada y el centeno; propios de esas civilizaciones del Viejo Mundo a las que se acude para explicar el desarrollo cultural de América precolombina. En cambio, la relación que hay entre la agricultura americana y la de los pueblos oceánicos, es un hecho incontestable. Por ejemplo, existen tipos primitivos de ciertas variedades de maíz americano en Filipinas y en la región de Assam, Indochina. Lo mismo sucede con otros cultivos tanto oceánicos como americanos: el cocotero, la calabaza, el ñame, el camote --o batata, como se le designa tanto en América como en Oceanía-- y el algodón, originario --según se cree-- del Asia oriental y de alguna manera llevado a América, para ser devuelto de nuevo a Asia después de su hibridación. Todo este transporte se atribuye a los polinesios, los más avezados navegantes del mundo antiguo, y cuya presencia en América se reconoce en varios rasgos culturales. Rivet sostiene vehementemente este contacto polinésico, al que él mismo califica de "relación comercial"; es decir, los viajes polinésicos que se hubieran efectuado a América no tenían el carácter de colonización, sino de intercambio de mercancías y otras ventajas prácticas (**). Es por eso que los polinesios no tomaron parte en la composición racial del indígena americano --cuyos pueblos, para

(*) Salvat. ed. El origen del Hombre. Colección Grandes Temas. Barcelona, 1974., pág. 117.

(**) Rivet, P., op. cit., pág. 140 (1960).

entonces, estaban ya bien definidos-- , aunque sí hayan tenido cierta injerencia en el aspecto cultural.

Sea como fuere, esta hipótesis, reconocida por la mayoría de los científicos, cae por su propio peso si consideramos que la expansión de este singular pueblo oceánico alcanzó casi todas las islas del Pacífico, llegando sus establecimientos hasta la isla de Pascua; por lo que resultaría muy aventurado asegurar que dicha expansión se hubiera detenido ahí, frente a las puertas de América.

Así pues, las culturas americanas, conglomerados de innumerables aportaciones, no deben considerarse como prolongaciones de las grandes civilizaciones del Viejo Mundo, pues son originales y deben reconocerse como mérito indiscutible de sus propios profesantes; pero tampoco debe insistirse en la negación de todo contacto o intercambio con culturas de otros pueblos, ya que hay que recordar siempre que fueron miles de años los que las puertas del nuevo continente permanecieron abiertas para el resto del mundo.

CAPITULO V

LA POBLACION INDIGENA DE MEXICO

Si hablar de un tipo antropológico americano es difícil, más complicado resulta pretender delinear lo que podría corresponder a una población indígena mexicana.

México, donde la amplitud de las tierras boreales del continente se ve bruscamente disminuída y que, junto con Centroamérica constituye un gran istmo que interrumpe de pronto la continuidad de la masa continental del sur, es un mosaico inagotable de hombres y culturas donde los contrastes se manifiestan de extremo a extremo y donde casi todas las etapas evolutivas de la historia de la civilización americana están representadas.

Es en México --y en general en Mesoamérica-- donde las muy distantes rutas migratorias que en su continuo peregrinar seguían los más diversos contingentes que habían penetrado al Nuevo Mundo, se ven forzadas a converger, propiciando el contacto entre dichos grupos y originando su entrecruzamiento, lo que más tarde concluiría en la formación de nuevos tipos antropológicos.

El problema de la clasificación de las poblaciones indígenas en este verdadero "crisol de mestizaje", de una gran complejidad, no deja de ser interesante, ya que la diversidad --como hemos mencionado-- se refleja no sólo en lo somático, sino también en lo cultural, terreno éste donde coexisten toda una gama de manifestaciones que van desde la más primitiva organiza-

ción social hasta la más complicada civilización. Puede decirse, sin temor a la exageración, que toda la variedad étnica de América se encuentra representada en México.

Othón de Mendizábal, en uno de sus múltiples estudios sobre México, su historia y sus habitantes (*), propone una distribución de los diferentes grupos indígenas que poblaron el territorio mexicano antes de la llegada de los conquistadores españoles. Aunque no se trata de una clasificación formal, este trabajo resulta muy ilustrativo, pues permite al lector formarse una idea de lo complicado que se torna tratar de conciliar un fenómeno de verdadera efervescencia para interpretarlo en forma ordenada; delimitando las áreas y explorando las tendencias territoriales de cada grupo. Como es de suponerse, esta distribución, que trata de incluir a todos los grupos humanos del México prehispánico, no va más allá de un nivel general y representativo: resumiendo hasta donde es posible la diversidad, sin llegar a subdivisiones progresivas, lo cual resultaría incoherente y poco objetivo. Es por ello que no se habla de pequeños, sino de grandes grupos o comunidades que de alguna manera constituyen una unidad y cuya asociación resulta en la formación de estados, nacionalidades o provincias, siguiendo un criterio más bien de división política.

Para ser presentada en este trabajo, y con el fin de que esta distribución sea más fácilmente visualizada, se construyó

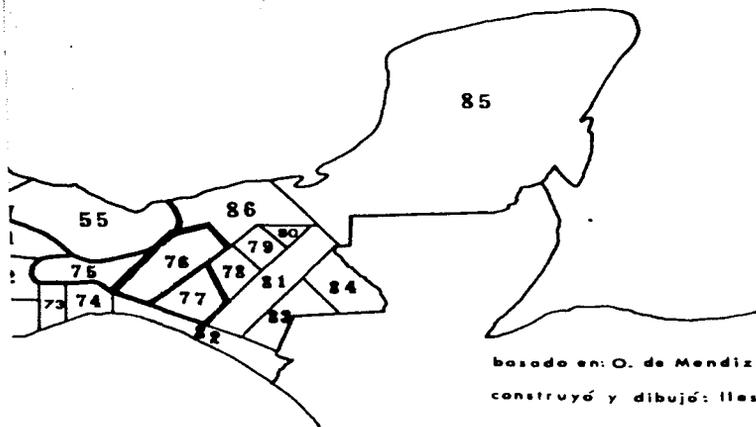
* Othón de Mendizábal, M., Obras Completas, Tomo II. México, 1946, pp. 199-220.

el mapa 7, basado en dos previos del autor --en los cuales muestra la influencia de las salinas en los establecimientos prehispánicos de México--, cuya fusión y simplificación resultó en una buena representación gráfica del territorio que ocupaba cada uno de los pueblos. Así mismo, la nomenclatura con que se designa a los distintos grupos fue modificada y ampliada, según el caso.

Es necesario advertir que todo esto se hizo procurando conservar la forma y el sentido originales, para lo cual se siguió utilizando el trazo geométrico en la demarcación de las áreas, ya que el autor lo considera menos arbitrario que los contornos convencionales.

En primer lugar, tenemos dos grandes regiones geográficas, las cuales, por la influencia que ejercieran sobre las poblaciones, constituyen la primera de las divisiones en esta distribución. Se trata de las grandes planicies esteparias del norte --continuación de las que en Estados Unidos de América se extienden y abundan en grandes herbívoros-- y los valles del sur, mejor dotados de vegetación y con clima y tierras más favorables para el asentamiento de las poblaciones.

Así tenemos que los habitantes de la región norte adoptaron la práctica de la caza, pesca y recolección primitivas, mientras que los de la región sur, de distinta procedencia, se establecieron para generar una civilización basada en la agri-



basado en: O. de Mendizábal
(1940)
construyó y dibujó: Iles

cultura y prácticas afines. En las zonas costeras se practicaba la pesca, lo cual supone una forma de organización distinta.

Los cazadores nómadas andaban en pequeños grupos, ejerciendo una importante presión sobre las muy dispersas y escasas comunidades sedentarias que se establecían dentro del territorio norte, y desempeñando la función motriz que, análogamente, tuvieran los pastores en el Viejo Mundo. Estos cazadores eran llamados "chichimecas" por sus vecinos (14). Los habitantes de la región sur, más antiguos, constituían lo que Othón de Mendi-zábal denomina como "las grandes nacionalidades", integradas por importantes grupos de población, social y políticamente organizados, que más tarde darían lugar a las grandes culturas de Mesoamérica.

Debe tenerse presente que tanto el arribo de nuevos elementos --procedentes de diferentes rumbos y que hacían su aportación genética y cultural-- como los movimientos migratorios intraterritoriales, no cesaron hasta el momento de la Conquista. Esto, que ha quedado señalado en capítulos anteriores, tiene especial importancia en México y Mesoamérica para explicar tantas incógnitas surgidas respecto de las magníficas culturas que ahí se propiciaron.

Pues bien, este verdadero embolismo humano se encuentra representado por 86 pueblos --así considerados--, con características somáticas, culturales y lingüísticas distintas, o variables al menos, ya por su genealogía, ya por su situación geo-

gráfica. A continuación se citan estos pueblos, con el número de correspondencia en el mapa:

BAJA CALIFORNIA

- | | |
|--------------|--------------|
| 1) pericúes | 19) nios |
| 2) guaycuras | 20) ocoronis |
| 3) cochimies | 21) bamoes |

GRUPOS PREPOLITICOS

(pimanos y nahuatlans)

- | | |
|----------------|--------------------------|
| 4) pimas | 22) sinaloas |
| 5) seris (15) | 23) oqueras |
| 6) ópatas | 24) basopas |
| 7) yaquis | 25) tarahumaras |
| 8) macoyaques | 26) tebecos |
| 9) conicerit | 27) sobaibos |
| 10) barogios | 28) acaxes |
| 11) mayos | 29) xiximes |
| 12) tubares | 30) tepehuanos |
| 13) guazapares | 31) coras |
| 14) zuaques | 32) huicholes |
| 15) tehuecos | 33) colotianos |
| 16) zoes | 34) tepecanos |
| 17) baimanes | 35) PEQUEÑOS ESTADOS |
| 18) guasaves | (nahuatlanos y arcaicos) |
| | 36) HORDAS CHICHIMECAS |
| | (atapascanos, othomianos |
| | y shoshonianos) |

SEDENTARIOS ESTABLECIDOS EN
TERRITORIO CHICHIMECA

- 37) jumanos
- 38) conchos
- 39) tepitiles
- 40) nahoas (ciudad del Maíz)
- 41) olives
- 42) tamaulipecos

REINO DE COLIMA

- 43) chichimecas meridionales(16)

REINO MICHOACANO

- 44) tarascos

IMPERIO MEXICANO

- 45) otomíes
- 46) mazahuas
- 47) tolimecas
- 48) chumbios
- 49) pantecas
- 50) matlatzincas
- 51) totonacas
- 52) cuitlatecas
- 53) yopis

54) cuetlaxtianos

55) coatzacoalcas

56) chontales (Guerrero)

REINO DE HUXTECAPAN

57) huastecos

REINO DE MEZTITLAN

58) meztitlanos

REPUBLICA DE TLAXCALA

59) tlaxcaltecas

60) cholultecas

61) huejotzincas

REINO DE MIXTECAPAN

62) mixtecos

63) tlapanecos

64) popolocas

65) chochos

66) amuzgos

REINO DE TZAPOTECAPAN

67) chontales (Oaxaca)

68) mazatecas

69) cuicatecas

70) chatinos

71) chinantecas

72) tzapotecas

73) triques

74) huaves

75) MIXES

76) ZOQUES

77) CHIAPANECAS

MAYAS

78) tzotziles

79) choles

80) mayas de Tabasco

81) tzeltales

82) mames

83) tojolabates

84) lacandones

85) mayas de Yucatán y
Campeche (17)

86) chontales

Al observarse esta clasificación puede apreciarse la siguiente paradoja: en el momento de la Conquista, frente al fenómeno aún prevaleciente de integración demográfica, se había dado ya el fenómeno contrario, es decir, el despoblamiento.

En efecto, el Gran Imperio Maya --que no sólo ocupaba casi todos los actuales estados del sureste de México, sino que se extendía por buena parte de Centroamérica, hasta tierras nicaragüenses-- se encontraba en total decadencia, y su territorio, salpicado de ciudades y santuarios abandonados, albergaba pequeños estados aislados y poblaciones dispersas, resultantes de su desmembración.

Entre las múltiples causas a que se atribuye este fenómeno tan particular, se encuentran, por ejemplo: la extenuación de las tierras agrícolas, un cambio climático repentino y el azote de una epidemia. Esta última causa es la que mejor explica el súbito abandono de tierras, casas y toda clase de pertenencias por parte de los que emigraban como única alternativa de sobrevivencia; y reviste, además, interés para el presente estudio por involucrar aspectos de carácter histórico-geográfico.

Los recientes estudios realizados en materia de Epidemiología histórica de América, parecen confirmar lo que, en capítulos anteriores, se dijo con respecto a la presencia del tifo en el Nuevo Mundo precolombino. Sáenz de la Calzada, en una de sus obras de Geografía Médica, nos dice que esta enfermedad, cono-

cida en México con los distintos nombres de "matlazáhuatl" y "tabardillo" o "tabardete", pudo muy bien desatar, propiciada por condiciones climáticas especiales, "una onda letal devastadora, que explicaría claramente el carácter fulminante del eclipse sufriera el Viejo Imperio" (*).

Otra enfermedad, considerada por el mismo autor como posible agente devastador en dicho fenómeno demográfico, es la fiebre amarilla, cuya importación ha sido siempre imputada a las comunidades africanas que, en tiempos de la Conquista, penetraran al continente. Sin embargo, existe --indica el autor-- una enfermedad tradicionalmente sufrida por la población maya precolombina, que se encuentra consignada y descrita con gran detalle en el Popol Vuh y el Chilam Balam --libros sagrados de esta excepcional cultura, asombrosamente grandiosa y sorpresivamente desaparecida-- y que guarda inusitada semejanza con la fiebre amarilla. Para el autor --quien señala lo significativo que parece ser el hecho de que la primera de las epidemias de fiebre amarilla que se conocieron en la América colonial, tuviera por escenario precisamente Yucatán-- es posible que, bajo circunstancias ambientales favorables, se haya desatado, en épocas anteriores, una epidemia considerablemente mayor a la de 1648, con desoladoras consecuencias (**).

(*) Sáenz de la Calzada, C. La Geografía Médica en México a través de la Historia, Editorial Pax. México, 1971, pág. 63.

(**) Ibidem, pág. 68.

haciéndose prevalecer en el tiempo. Como dijera alguna vez el Dr. Sáenz de la Calzada: "las costumbres de carácter religioso no se pierden; tienen más valor que las piedras --se refiere a la arquitectura y escultura--: éstas sí se copian, aquéllas son heredadas..." (*).

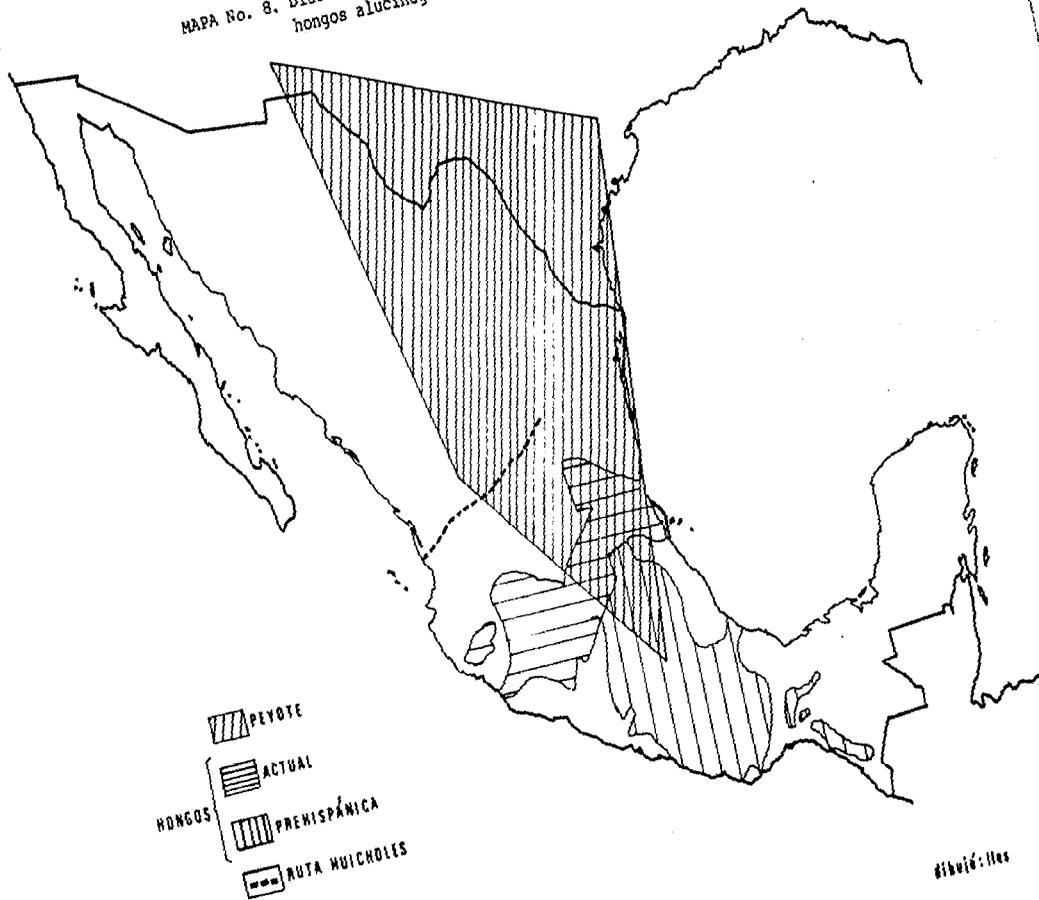
Ejemplos de las posibilidades de investigación en este particular los tenemos en gran cantidad en México. Nos referiremos por ahora al uso de vegetales alucinógenos en las ceremonias y demás prácticas religiosas de las poblaciones indígenas de la República Mexicana.

En el norte del país, es patente el uso que ciertas comunidades indígenas hacen de una cactácea con efectos psicodislépticos alucinógenos: la Hophophora willamsi, conocida entre dichas comunidades como "peyote". Por otra parte, entre algunos pueblos del sur de la República, se halla muy generalizado el empleo de ciertos hongos alucinógenos como la Amanita muscaria (mapa 8).

El peyote se distribuye en México en un área comprendida desde el sur de los Estados Unidos de América hasta Puebla, pasando por Sombrerete, Zacatecas. Es utilizado por los tarahumaras, huicholes, coras y tepehuanos; comunidades que, curiosamente, se encuentran fuera del área de distribución de este vegetal, - por lo que tienen que hacer un largo recorrido para su aprovisionamiento. Los huicholes, por ejemplo, hacen un recorrido de 400

(*) Comunicación personal, verbal. Mayo de 1979.

MAPA No. 8. Distribución en México de las zonas de peyote y hongos alucinógenos.



Dibujó: Iles

kilómetros a pie, hasta el estado de San Luis Potosí, cada año, para recoger el peyote, que es utilizado como estimulante físico y mental para sus ritos de carácter religioso. Al regreso de la peregrinación, los protagonistas, y sus mujeres que los aguardan, se sienten seres nuevos, purificados, en paz con sus dioses, quienes bendecirán sus vidas y sus cosechas. Cabe advertir aquí que los efectos de este alucinógeno son de carácter placentero y no vicioso, y que su consumo obedece únicamente a creencias de índole religiosa.

Semejante práctica, tan arraigada en las distintas poblaciones mencionadas, hace que éstas puedan ser relacionadas entre sí como procedentes de un tronco común de inmigrantes. El estudio de la distribución de este vegetal en el mundo, podría arrojar luz sobre el problema del poblamiento de América y el origen de la población indígena de México.

La Amanita muscaria fue de gran importancia en el México prehispánico. Su distribución actual se halla restringida a la Sierra Mazateca, San Pedro Nexapa en la Cuenca de México, Tenango del Valle, la Mixería, la región zapoteca de la Sierra Costera en Oaxaca y la Chinantla. El uso que de este hongo hacen los indígenas actualmente varía, pero siempre está ligado a las prácticas de carácter religioso.

Según el matrimonio Wasson (Valentina y Robert), quienes han realizado importantes estudios de etnomicología, el empleo

de este alucinógeno se originó entre los chamanes siberianos, de donde tales prácticas pasarían posteriormente al Asia oriental y meridional, Indonesia, Africa y América; donde hoy se puede observar en México, Perú y Venezuela (*). No es difícil, entonces, seguir la genealogía de los pueblos que en México la consumen. Por otra parte, se sabe que los aztecas, y demás tribus que habitaban la cuenca de México, jamás consumieron este hongo que, curiosamente, crece de manera espontánea en los alrededores de la actual capital del país. Esto indica que dichos grupos proceden de un tercer contingente, diferente de los que pudieron haber constituido el pasado ancestral de los grupos aquí estudiados.

En fin, todas estas consideraciones nos llevan irremisiblemente a la necesidad de profundizar en las investigaciones, medida necesaria siempre que se quiera tratar algo tan delicado como el tema que ahora nos ocupa. Lo importante por ahora es haber logrado visualizar la relevancia que en el poblamiento de América tuvieron las tierras mexicanas, y el tesoro incalculable que, en esos habitantes cada vez más escasos y menos comprendidos, encierra este país polifacético, síntesis de la vastedad geográfica y de la prodigalidad étnica de América.

(*) Sáenz de la Calzada, C. Distribución, consumo y ritos de los hongos alucinógenos en México. Tribuna Médica de México, XVI (6): 135-139, Mayo de 1970.

C O N C L U S I O N E S

EN CUANTO AL METODO Y LOS CONCEPTOS.

A través de estas páginas he tratado de mostrar, a grandes rasgos, la situación del conocimiento que gravita en torno al origen del hombre americano; problema que parece no tener solución si se le continúa tratando de la manera acostumbrada.

No voy a concluir con la formulación de una teoría más, para anteponerla a las anteriores como poseedora de mayor valor. Por el contrario, quiero hacer advertir que es tal actitud de terminante dogmatismo, lo que impide llegar a comprender este problema de las mil soluciones.

El éxito de todo aquél que voluntariamente incursione en el campo del americanismo estará en su capacidad de compendiar todas las pseudoverdades que existen, con muy poca rigidez y absolutismo.

Este trabajo, desarrollado en forma de síntesis y siguiendo un criterio ecléctico, encuentra en la complementariedad, y no en la contraposición, el único camino hacia la realidad del poblamiento de América; una realidad que no es, de manera alguna, tan fácil de interpretar como se ha pensado siempre. No es en el estrecho de Bering, ni en la Tierra del Fuego, ni en el océano Pacífico, ni en las travesías trasatlánticas, ni en el rosario de islas del Atlántico del Norte; donde se encuentra la solución, sino en el estudio conjunto de los hechos y fe-

nómenos geográficos y antropológicos, donde podrá avizorarse una solución más congruente.

La tendencia a ser partidarios de verdades fragmentarias está muy generalizada dentro de la sociedad contemporánea, manifestándose aún a nivel individual: se dan siempre soluciones parciales a los conflictos, obedeciendo sólo a un aspecto de la vida, sin recapacitar nunca en que el equilibrio entre todos esos aspectos es lo único que puede producir bienestar interior.

El vicio de refutar y desvirtuar evidencias para hacerlas caer frente a otras que parecen por el momento más adecuadas, es una actitud absurda, en busca de parches, que impide llegar a la conformación de la verdad. En lugar de contemplarse como solución, cada descubrimiento debe ser asociado al complejo histórico-geográfico.

Es por esto que omití la controversia que asuela todas las obras sobre Antropología de América --y que agota la mayoría de sus páginas--, concretándome a mencionar los hechos que encierran las opiniones de los expertos que, de cualquier manera, están sujetas a mayor abundamiento en el campo de la investigación.

En el terreno cultural, hay dos aclaraciones que hacer:

a) se suele considerar a las culturas de América como dentro de un mismo estadio evolutivo. Nada más falaz al estudiarlas a fondo y descubrir los contrastes que entre ellas existen, aunque desde el punto de vista clásico "no se hubiera reba-

sado la etapa del neolítico".

b) Las consideraciones a que se someten estos aspectos deberían ser objeto de revisión, pues me parece bastante subjetivo hablar de culturas avanzadas o atrasadas, cuando dentro de todo marco comparativo debe existir un punto de referencia. Si ese punto es el desarrollo tecnológico --en lo cual Occidente ha ido siempre a la vanguardia--, invito a que se medite si la tecnología es una actividad en la cual participan todas las capacidades y cualidades del hombre --o al menos las más importantes, satisfaciendo, en consecuencia, sus más caras necesidades y aspiraciones, como para que pueda ser considerada símbolo de progreso.

En fin, sin ir más allá de los propósitos de este trabajo, diré que es necesario obrar con cautela al tratar de estos asuntos que, simplemente, representan las distintas maneras como el hombre ha enfrentado la vida, siguiendo distintas concepciones.

A propósito de la Somatología, quiero hacer resaltar dos problemas:

a) la injustificación que existe respecto de la tendencia a ponderar la mayor confiabilidad de unos caracteres somáticos frente a otros, cuando se quieren sustentar hipótesis o establecer clasificaciones; pues no se ha comprobado ni su procedencia hereditaria, ni su cualidad dependiente de la selección natural.

te de la raza mongoloide en el orbe.

2) El hombre americano no es originario de las tierras que habita.

3) Las opiniones acerca de la antigüedad del hombre en América parecen coincidir en situarla a fines del último período glacial o a principios del holoceno.

4) La geografía de México y Centroamérica ha jugado un papel muy importante en la conformación de la población americana.

5) La genealogía de las culturas americanas debe buscarse en la evolución que los diferentes pueblos, asentados en el joven continente, experimentaron a través del tiempo; asimilando y desarrollando, sin duda, aquellos elementos externos que de alguna manera se iban presentando.

Esto quiere decir que, si bien no puede considerarse como un caso aislado dentro del marco evolutivo del hombre, el conjunto cultural americano no es, de modo alguno, trasplante de las civilizaciones del Viejo Mundo.

6) Por último, es necesario dejar de contemplar el poblamiento de América como un hecho aparte, pues el enigma que encierra es también enigma en la historia del mundo. El material con que se cuenta al respecto posee un valor extraordinario, pero debe utilizarse adecuadamente, teniendo en cuenta el contexto mundial.

Debe estarse dispuesto a renunciar a las concepciones

tradicionales --bien arraigadas en el pensamiento contemporáneo-- e investigar, continuar estudiando con verdadero sentido crítico y bajo el ímpetu del saber y no del solucionar. ¿Acaso alguno de los problemas humanos es de fácil solución?.

NOTAS AL TEXTO

- (1) Tendencia por parte de algunos científicos a considerar el origen de las razas humanas por separado, es decir, a partir de ancestros diferentes; perteneciendo quizá a diferentes especies y arguyendo distintos grados de evolución.
- (3) Puede ser también subraza.
- (2), (4) y (5) El proceder de los especialistas al relacionar racialmente al conglomerado americano con el resto del mundo, debe ser tomado con amplias reservas. Más adelante se abundará en este asunto.
- (6) Se calcula que el apareamiento de los homínidos tuvo lugar hace 1 800 000 ó 2 000 000 de años. Estos debieron dar paso a los paleoantropos --u hombres antiguos--, los que a su vez evolucionarían hasta convertirse ya en los sapiens más primitivos, grupo al que pertenecen el hombre de Rhodesia (60 000 a 50 000 años), el de Heidelberg (más de 500 000 años) y el de Neanderthal (más de 50 000 años); aunque las fechas son constantemente modificadas.
- (7) o edad de la piedra tallada y pulimentada que supone una técnica mucho más perfeccionada, y relacionada con muchos otros aspectos culturales, como el conocimiento de la agricultura. Se calcula que comenzó en el Viejo Mundo hace unos 10 000 años.
- (8) Dos grupos en la actualidad: los pueblos y los ándidos, cuya nomenclatura recuerda a los indios pueblos de América del Norte y a los habitantes de la región andina.
- (9) En alusión a la raza de Lagôa Santa, el tipo americano más antiguo que se conoce. Se denomina así porque los restos de los representantes de este tipo fueron encontrados en una cueva del Sumidouro, Lagôa Santa, Minas Geraes, Brasil. Se le conoce también como tipo paleoamericano.
- (10) Enormes hacinamientos de conchas (gasterópodos y lamelibranchios), algunos de ellos de más de 100 m. de extensión y 25 m. de altura. En Dinamarca se encuentran también estas formaciones, llamadas kiokenmodings.

- (11) El cráneo fueguino muestra fuertes arcos supraorbitales, por lo que Imbelloni asocia a este tipo antropológico con las "formaciones protoides del mundo oceánico". (Zág. 243) considerándolo como una forma antigua del pasado humano.
- (12) El cambio de un clima no glacial a uno glacial requiere una reducción del promedio de temperatura, en latitudes medias, de alrededor de 6°C. Hasta ahora no se han podido determinar las causas que producen dichas disminuciones. Quizá se deban a un cambio en la radiación solar o a ciertas condiciones de la atmósfera que provocan que ésta actúe como un espejo, reflejando los rayos solares al espacio. Lo cierto es que al descender la temperatura en la proporción mencionada --no tan rigurosa--, los casquetes que se formaban iban ganando terreno con una rapidez asombrosa, extendiéndose cada vez más. Seguramente los vientos y corrientes marinas favorecían esto.
- (13) No se debe considerar a las glaciaciones como meras expansiones de los casquetes glaciales actuales --que constituyen una reminiscencia de esas condiciones existentes durante el pleistoceno y cubren el 10% de la superficie terrestre en la actualidad--, La Antártida y Groenlandia, ya que se ha descubierto que los centros de helamiento se encontraban aproximadamente entre los 45° y los 60° de latitud.
- (14) Término con que los nahoas, y después los españoles, designaban a las hordas nómadas del norte y oeste del país. En un principio, el término significaba solamente "peregrino", pero más tarde fue adquiriendo un tono despectivo, según fueran las relaciones de estos grupos con los pueblos que los rodeaban.
- (15) No realmente prepolíticos, pues tienen un comportamiento nómado primitivo, aunque viven de la pesca.
- (16) Según mapa de distribución de Luis Pericot (*), pues Othón de Mendizábal no les da nombre alguno en el suyo. Se trata de pueblos agricultores con caza, pesca y recolección accesorias.
- Para Othón de Mendizábal, el grupo de chichimecas meridionales se asentó, obligado por los nahoas de Cuautitlán, en un territorio que comprendería hoy parte de los estados

(*) Pericot, L., en: Bosch Gimpera, P. Las Razas Humanas. Tomo II, IX edición, Instituto Gallach de librería y ediciones, S.L. Mallorca-Barcelona, 1972., pág.88.

de México e Hidalgo, abandonando así el nomadismo (*).

(17) Territorio hoy casi deshabitado.

(*) Othón de Mendizábal, M., op. cit., pág. 206.

Lám. 1. Esquimal de Alaska.
subártido.
(Bosch Gimpera, 1972).



Lam. 2. Familia esquimal de Alaska.
subártido.
(Bosch Gimpera, 1972).





Lám. 3. Apaches, E.U.A.
colúmbido.
(Bosch Gimpera, 1972)•



Lám. 4. Piel roja, E.U.A.
plánido.
(Bosch Gimpera, 1972).



Lám. 5. Mujer seri, Sonora, México.
sonórido.
(Cordry, 1968)



Lám. 6. Mayo, Sonora, México.
sonórido.
(Cordry, 1968)

Lám. 7. Pescador huichol, Nayarit,
México.
sonórido.
(Cordry, 1968).



Lám. 8. Cazador de peyote huichol, Nayarit, México.
sonórido.
(Nahmad, 1972)

Lám. 9. Muchacho huichol
preparado para -
la ceremonia del
peyote, Nayarit,
México.
(Cordry, 1968).





Lám. 10. Mujer huasteca, San Luis Potosí, México.
grupos de reciente asentamiento en la zona de los Huastecos.
(Cordy, 1968).



Lám. 11. Mujer nahoa, Morelos, México.
pueblo-ándido
(Cordy, 1968).



Lám. 12. Mujeres totonacas, Puebla, México.
grupos de reciente asentamiento en la zona
de los pueblos.
(Cordry, 1968).



Lám. 13. Mujeres nahuas, Puebla, México.
pueblo-árido.
(Cordry, 1968).



Lám. 14. Madre e hija nahoas, Veracruz, México.
pueblo-índio.
(Cordry, 1968).



Lám. 15. Tres generaciones de totonacas, Papantla, Veracruz, México. grupos de reciente asentamiento en la zona de los pueblos (Kolko, 1968).



Lám. 16. Mujeres tarascas, Janitzio, Michoacán, México
grupos de reciente asentamiento en la zona
de los pueblos.
(Kolko, 1968).



Lám. 17. Mujer amuzgo, Guerrero, México.
grupos de reciente asentamiento en la zona de
los pueblos.
(Cordry, 1968).



Lám. 18. Familia de nahoas, Guerrero, México.
pueblos-ándidos.
(Cordry, 1968).



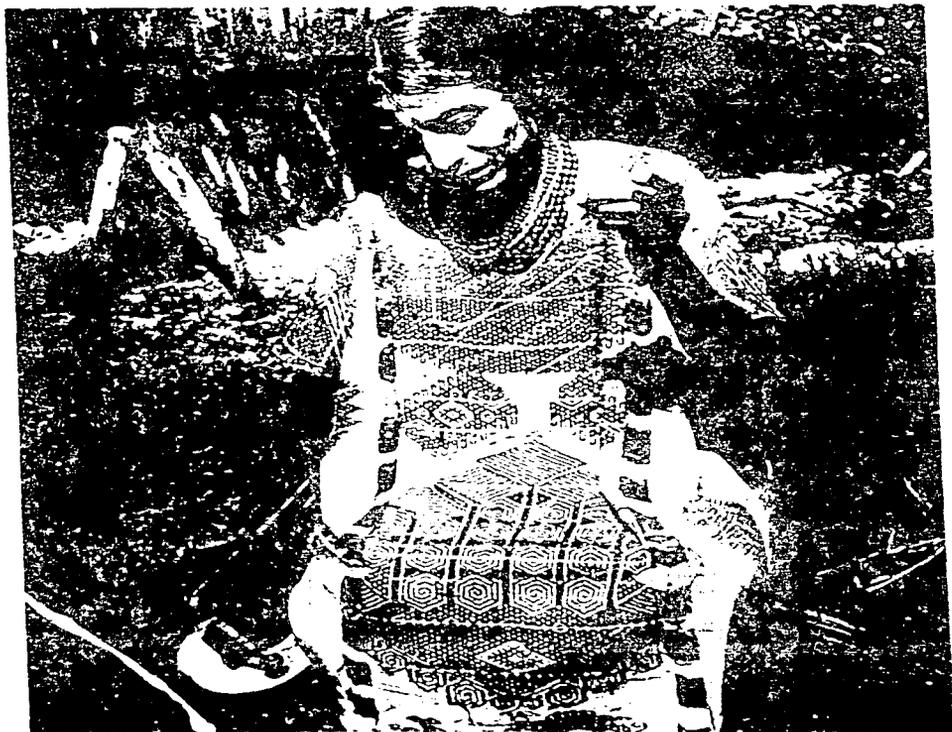
Lám. 19. Mujer zapoteca bordando, Oaxaca, México.
Istmido.
(Kolko, 1968).



Lám. 20. Muchachas mixtecas. Oaxaca, México.
Istmido.
(Cordry, 1968).



Lám. 21. Mujer huave, Oaxaca, México.
Istmido.
(Cordry, 1968).



Lám. 22. Mujer chinanteca, Oaxaca, México.
Istmido.
(Cordry, 1968).



Lám. 23. Muchacho tzotzil, Chiapas, México.
Istmido.
(Kolko, 1968).



Lám. 24. Mayas, Yucatán y Campeche, México.
Istmido.
(Kolko, 1968).



Lám. 25. Mujer quajira, Venezuela.
fuéguido.
(Bosch Gimpera, 1972).



Lám. 27. Hombre chibcha, Alto Perú.
pueblo-ándido.
(Bosch Gimpera, 1972)



Lám. 28. Mujer chipibo, río Ucayali, Perú.
amazónico.
(Bosch Gimpera, 1972).



Lám. 29. Muchacho kuikuru, Matto Grosso, Brasil.
láguido.
(Bosch Gimpera, 1972).



Lám. 30. Madre e hija puelches, Río Negro, Argentina.
pámpidos.
(Bosch Gimpera, 1972).



Lám. 31. Grupo de onas, Isla Tierra de Fuego, Argentina.
patagones.
(Bosch Gimpera, 1972).



Lám. 32. ¿Indonesias o mexicanas?
Djakarta, Indonesia.
Diga usted cuáles de estas jovencitas son
mexicanas y cuáles son indonesias. ¿Podría
asegurarlos?
En esta fotografía se pueden apreciar las
afinidades raciales que existen entre los
pueblos asiáticos y americanos.



Lám. 33. "Auténticos mexicanos"
Se trata de dos alumnos indonesios que
asisten a la "Escuela México", en
Djakarta.

INDICE DE LAMINAS

Pág.

-Lámina 1.- Esquimal de Alaska.	102
-Lámina 2.- Familia esquimal del Canadá	102
-Lámina 3.- Apaches, Estados Unidos.	103
-Lámina 4.- Piel roja, Estados Unidos.	104
-Lámina 5.- Mujer seri Sonora, México.	105
-Lámina 6.- Mayo Sonora, México.	105
-Lámina 7.- Pescador huichol. Nayarit, México.	105
-Lámina 8.- Cazador de peyote huichol. Nayarit, México.	106
-Lámina 9.- Huichol preparado para la ceremonia del peyote. Nayarit, México.	106
-Lámina 10.- Mujer huasteca. San Luis Potosí, México.	107
-Lámina 11.- Mujer nahoas, Morelos, México.	108
-Lámina 12.- Mujeres totonacas. Puebla, México.	109
-Lámina 13.- Mujeres nahoas. Puebla, México.	110
-Lámina 14.- Madre e hija nahoas. Veracruz, México.	111
-Lámina 15.- Tres generaciones de totonacas. Papantla, Veracruz México.	112
-Lámina 16.- Mujeres tarascas. Janitzio, Michoacán, México	113
-Lámina 17.- Mujer amuzgo. Guerrero, México.	114
-Lámina 18.- Familia de nahoas. Guerrero, México.	115
-Lámina 19.- Mujer zapoteca bordando. Oaxaca, México.	116
-Lámina 20.- Mujeres mixtecas. Oaxaca, México.	117

	Pág.
-Lámina 21.- Mujer huave. Oaxaca, México.	118
-Lámina 22.- Mujer chinateca. Oaxaca, México.	119
-Lámina 23.- Muchacho tzotzil. Chiapas, México.	120
-Lámina 24.- Mayas. Yucatán y Campeche, México.	121
-Lámina 25.- Mujer guajira. Venezuela.	122
-Lámina 26.- Mujer jíbara Ecuador.	123
-Lámina 27.- Hombre chibcha. Alto Perú.	124
-Lámina 28.- Mujer chipibo. Río Ucayali, Perú.	125
-Lámina 29.- Muchacho kuikuru. Matto Grosso, Brasil.	126
-Lámina 30.- Madre e hija puelches. Río Negro, Argentina.	127
-Lámina 31.- Grupo de onas. Isla Tierra del Fuego, Argentina.	128
-Lámina 32.- ¿Indonesias o mexicanas? Djakarta, Indonesia.	129
-Lámina 33.- "Auténticos mexicanos". Djakarta, Indonesia.	130

INDICE DE MAPAS

Pág.

- Mapa 1.- Distribución actual de las razas humanas
en el mundo. 12
- Mapa 2.- Distribución de los tipos antropológicos
de América. 21
- Mapa 3.- Extensión de los hielos durante la última
glaciación. 40
- Mapa 4.- Estrecho de Bering, con la zona que for-
mó el istmo. 54
- Mapa 5.- Ruta que posiblemente siguieron los inmi-
grantes australoides, en su camino hacia
América. 58
- Mapa 6.- Ruta que posiblemente siguieron los inmi-
grantes caucasoides en su camino hacia
América. 67
- Mapa 7.- Distribución de los grupos humanos de Mé-
xico. 81
- Mapa 8.- Distribución en México de las zonas de
peyote y hongos alucinógenos. 90

BIBLIOGRAFIA

- BARNETT, Anthony. La Especie Humana. Fondo de Cultura Económica. México, 1966.
- BOSCH Gimpera, Pedro. La América Prehispánica. Ariel. Barcelona, 1975.
- BOSCH Gimpera, Pedro. Las Razas Humanas. Su vida, sus costumbres, su historia, su arte. Tomo II, IX edición. Instituto Gallach de librería y ediciones, S.L. Mallorca-Barcelona, 1972.
- COMAS, Juan. El Origen del Hombre Americano y la Antropología Física. Cuadernos del Instituto de Historia. Serie Antropológica, No. 13. UNAM. México, 1961.
- COMAS, Juan. Hipótesis trasatlánticas sobre el poblamiento de América. Caucasoides y negroides. Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM. México, 1972.
- CORDRY, Donald. Mexican Indian Costumes. University of Texas. Austin, 1968.
- DARWIN, Charles R. El Origen del Hombre. Editora Nacional. México, 1976.
- IMBELLONI, José. Tabla Clasificatoria de los Indios. Physis, XII: 230-249, Buenos Aires, 1938.
- JENNINGS, J.D.; Prehistoric Man in the New World. William NORBECK, E., ed. Marsh Rice University. The University of Chicago Press. Chicago, 1969.
- KOLKO, Bernice. Semblantes Mexicanos. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, 1968.
- KROEBER, Alfred. Antropología General. Fondo de Cultura Económica. México, 1945.
- LONGWELL, Chester.; Geología Física. Limusa-Wiley. México, 1971.
- FLINT, Richard.

- MARTINEZ DEL RIO, Pablo. Los Orígenes Americanos. Tercera edición. Páginas del Siglo XX. México, 1952.
- NAHMAD, Sitton S.; El Peyote y los Huicholes. Sepsetentas. et al'. México, 1972.
- NESTURJ, M. Las Razas Humanas. Progreso. Moscú, 1976.
- OTHON DE MENDIZABAL, Miguel. Obras Completas. Tomo II. México, 1946.
- PELTO, Pertti. El Estudio de la Antropología. SEP-UTEHA. México, 1975.
- RIVET, Paul. Los Orígenes del Hombre Americano. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.
- SAENZ DE LA CALZADA, Carlos. La Geografía Médica en México, a través de la Historia. Pax. México. 1971.
- SAENZ DE LA CALZADA, Carlos. Distribución, consumo y ritos de los hongos alucinógenos en México. Tribuna Médica de México. XVI (6): 135-139, Mayo de 1970.
- SALVAT Editores. El Origen del Hombre. Colección Grandes Temas. Barcelona, 1974.
- VILLEE, Claude. Biología. Sexta edición. Interamericana. México, 1974.

FE DE EMHATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE:	DEBE DECIR:
6	13	CIENTÍFICOS	CIENTÍFICOS—
7	2	ANTROPOLÓGICOS	ANTROPOLÓGICOS
7	8	SOVIÉTICA	SOVIÉTICA—
7	2	MONGOLOI DE	MONGOLOI- DE
8	4	DE MÁS	DE- MÁS
19	3	ANTROPOLÓGICOS	ANTROPOLÓGICOS
23	22	REFLEJO	REFLEJOS
24	5	POS TERIORES	POS- TERIORES
24	10	SOBREVIVIENTES	SOBREVIVIENTES— TES
34	24	MERRIAN	MERRIAN
35	7	PROCEDIDO	PRECEDIDO
35	8	TODA	TODA
35	13	ESTÁ PUES,	ESTÁ, PUES,
39	11	DE YUKON	DEL YUKON
41	2	WURM	WURM
41	22	WILLEY	WILEY
42	SE	COMENZARON LAS CITAS CON DOS ASTERISCOS, EN LUGAR DE UNO.	
45	6	POR UN SÓLO	POR UN SÓLO
56	16	PACIFI COAST	PACIFIC COAST
59	10	COM	COMB
60	5	LA ID ENTIDAD	LA IDENTIDAD
68	23	SCHWIZERISCHEN	SCHWEIZERISCHEN
62	19	SAN A- GUSTÍN	SAN AGUSTÍN
63	21	RIVET, P., OP. CIT., PÁG. 133. (1960).	<u>INDEX, PÁG. 133.</u>
65	25	INVESTICIONES	INVESTIGACIONES
66	2	SNEY- TLAND	SNEY- LAND
68	14 y 15	ESTE DE ESTADOS UNIDOS	ESTE DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
70	16	NEGROIDE DE AMÉRICA	NEGROIDE EN AMÉRICA
70	20	ESPAÑOLES	ESPAÑOLES
74	33	REBASADO	REBASADO
87	5	ECLIPSE SUFIERA	ECLIPSE QUE SUFRIERA
92	5	SEGUIR	SEGUIR
94	15	QUE ABUELA TODAS	QUE ABUELA A TODAS
95	10	—O AL MENOS LAS MÁS IMPORTANTES.	—O AL MENOS LAS MÁS IMPORTANTES—,
96	6	CONTINÚE	CONTINGÚE
97	19	EL POBLAMIENTO	AL POBLAMIENTO
100	39	LAS RAZAS HUMANAS	<u>LAS RAZAS HUMANAS</u>
101	3	OP. CIT.	<u>OP. CIT.</u>
107 y 108		(CORDY, 1960).	(CORDRY, 1960).
115		PUEBLOS-ÍNDIOS.	PUEBLO-ÍNDIO.
127		MÁMPIDO	MÁMPIDO
128		PATAGONES	MÁMPIDO
131	3	DEL CANADÁ	DE ALABAMA

NOTA: POR CUESTIONES DE TIPOGRAFÍA, NINGUNA MAYÚSCULA VA ACENTUADA.